

FERNÁN ALONSO MATTHIAS**(1935-2002)**

Fotografía: Fernán Alonso entre Antonio Rubinos (izquierda) y José Luis García (derecha).

Fernán Alonso falleció la noche del lunes 25 al martes 26 de noviembre. Jefe del Laboratorio de Geocronología desde su fundación hasta la jubilación esta primavera, está considerado como el precursor de la técnica de datación por carbono-14 en España. La Revista Complutum me ha pedido que, como discípulo suyo estos últimos diez años, fuera yo quien redactara la nota biográfica para esta revista. Espero que este humilde texto refleje, aunque sea de manera mínima, su intensa y profunda vida profesional, su carácter meticuloso, grave y exigente en su trabajo. Conversador alegre y erudito, disfrutaba hablando sobre los aspectos más dispares de la vida, donde aportaba un vasto conocimiento surgido de unificar el aspecto más técnico, o científico si se desea, de su formación, con las lecturas que su curiosidad le llevaron a realizar.

Nace esta nota más del sentimiento que de una reflexión adecuada sobre su persona. Otros deberán ser los que valoren su trabajo y el legado que deja en Arqueología: casi 2000 fechas repartidas por la península, Portugal incluida,

Argentina, Brasil y otros países latinoamericanos. Espero que aquellos que le conocieron durante más tiempo que yo perdonen los errores y lagunas que pueda cometer.

Nace por razones accidentales en Mallorca en 1935 y su infancia transcurre en Madrid. Su madre, Concha Matthias, había sido, primero alumna y más tarde profesora de la Institución Libre de Enseñanza. Su padre, Antolín Alonso, fue becario de la Residencia de Estudiantes en los años previos a la Guerra Civil. De este modo, el espíritu liberal, abierto y humanista que marcó el proyecto de Giner de los Ríos estuvo siempre presente en el quehacer, en la amplitud de miras y en el propio concepto de la vida de Fernán. Tras un breve paso por el Colegio Alemán gracias a su ascendencia germánica (su abuelo materno era alemán), cursa la mayor parte de sus estudios preuniversitarios en el Colegio Estudio, uno de los legados educativos más importantes de la Institución Libre de Enseñanza.

Estudia Ciencias Químicas en la Universidad de Madrid, donde se licencia en 1958. A partir de ese momento, su vida

queda ligada al Instituto de Química-Física Rocasolano, en el que desarrollará su trabajo hasta el momento de la jubilación. Comienza como becario predoctoral en la Sección de Radioquímica, desde 1959 a 1961, realizando la tesis doctoral titulada “Estudio radioquímico de la sulfuración del cobre con tiourea y dimetiltiourea”, bajo la supervisión del Prof. J.M. Gamboa.

En 1960, con la concesión del premio Nobel de Química a W.F. Libby por el desarrollo del método de datación por carbono-14, surge en la administración el interés por crear en España un laboratorio que pudiera proporcionar este servicio. Gracias a una beca de la Fundación Ramsay, Fernán Alonso realiza durante 1962 una estancia en el *Radiocarbon Dating Laboratory* de la Universidad de Cambridge, especializándose en la técnica de datación por carbono-14 y estudia la concentración de este isótopo en la baja estratosfera, bajo la dirección de uno de los precursores de este método, el Dr. E.H. Willis. El año siguiente, vuelve a la misma universidad con otra beca Ramsey, para trabajar junto al Dr. A. G. Maddock en la construcción de un cromatógrafo de gases con detector de llama y estudiar la radiación gamma en el alcohol etílico. Ya en 1963, nombrado Ayudante Científico de la Sección de Radioquímica del Rocasolano, realiza una serie de viajes para conocer distintos laboratorios que trabajaban en datación por carbono-14, visitando Berna, Heidelberg, Groningen y el Museo Británico.

A partir de 1966, gracias a la concesión de una ayuda por la Fundación Juan March, el Laboratorio de Geocronología comienza a tomar forma y en 1968 se publica la memoria final titulada “Investigaciones radioquímicas de geocronología con carbono-14”, de la que el Dr. Alonso comparte autoría con el jefe del departamento, Prof. Gamboa, y con José Mateos, Auxiliar Técnico, gran trabajador en la sombra y escudero de Fernán, con quien continuará en el Laboratorio hasta su jubilación en el año 2000.

Los comienzos resultaron duros; anecdótico resulta ahora recordar cuando se preparó la protección para evitar que la radiación cósmica incidiera en el contador proporcional. Para ello se construyó un bloque de más de metro y medio de largo y uno de altura, que consistía en un conjunto de barras de hierro de 6500 kilos, en cuyo interior se instaló el contador. Estas barras, procedentes de antiguos railes de ferrocarril, fueron lijadas a mano una a una, con el consiguiente esfuerzo por Fernán y Pepe (José Mateos). En esos momentos, la datación se realizaba utilizando contadores proporcionales, midiendo el carbono-14 en forma de CO₂. De esa época, Fernán recordaba a menudo el ingente trabajo que suponía poner a punto los distintos contadores Geiger que servían de detectores en anticoincidencia respecto del contador proporcional.

En 1968, Fernán fue nombrado Colaborador Científico del CSIC y Jefe del Laboratorio de Geocronología y, posteriormente, en 1971, Investigador Científico. En 1972, el Laboratorio había medido unas 120 muestras, como se indica en la memoria “Determinación de edades por el método del carbono-14”. Estas fechas supusieron la primera prueba de fuego para el Laboratorio, que tuvo que soportar recelos y dudas ante aquellos valores que no se correspondían con la cronología “oficial”. Como el propio Fernán señalaba hace algunos años en Arqtrítica:

Cuando en 1971 obtuve varias fechas de carbono-14 en muestras de cereal de la Cueva de los Murciélagos (Córdoba), en asociación con cerámica a la almagra, las dataciones de alrededor del 4000 a.C. sorprendieron por ser casi 1000

años más antiguas de lo que parecía aceptar la cronología arqueológica del momento. Afortunadamente, otras muestras fueron enviadas (...) al laboratorio de Groningen, cuyas dataciones coincidieron con las anteriores, con lo cual la discusión sobre posibles errores experimentales, contaminaciones u otras pintorescas interpretaciones quedó zanjada.

Durante los años setenta, el Laboratorio de Geocronología se fue creando una merecida fama de rigor y pulcritud de resultados, aun cuando muchos arqueólogos enviaban sus muestras al extranjero, buscando el falso prestigio que aquello que se realiza fuera de nuestras fronteras se supone que otorga. En este periodo se enmarca también el intento fallido de Fernán de crear un laboratorio de análisis por activación neutrónica, más por los inconvenientes que ocasionaba la irradiación de las muestras en el reactor de la Junta de Energía Nuclear, que por el afán del Dr. Alonso en conseguirlo. Para ello, obtuvo primero una beca de la Royal Society para trabajar, en 1970, en la *Activation Analysis Unit* del *Atomic Energy Research Establishment* (Inglaterra). Posteriormente, trabaja en la Sección de Análisis por Activación Neutrónica de la Universidad de Oslo, gracias a la beca concedida por el gobierno de aquel país. A pesar de este intento fallido, el ánimo del Dr. Alonso no decae y se involucra en la Escuela de Auxiliares de la Investigación del CSIC, donde es Coordinador de Química y vocal de la Junta Rectora entre 1973 y 1979, y es nombrado Vicedirector del Instituto Rocasolano, cargo que desempeña de 1977 a 1979. De la Escuela salieron mucho de los Ayudantes que han integrado la escala técnica del Consejo durante todos estos años.

En la década de los ochenta, Fernán decide acometer un nuevo proyecto, diseñando y poniendo en funcionamiento una línea de síntesis de benceno a partir del carbono procedente de las muestras arqueológicas. Una vez sintetizado el benceno, el carbono-14 se detectaba mediante un espectrómetro de centelleo líquido. De este modo, se reunían en el Laboratorio de Geocronología las dos técnicas de datación convencional, tanto en fase gaseosa como en fase líquida. Los primeros resultados con el nuevo sistema se obtuvieron a finales de esta década. Hay que destacar también que, durante este periodo, tanto Fernán como Pepe ayudaron a la puesta en funcionamiento de otros laboratorios peninsulares, como son los instalados en las Universidades de Barcelona y Granada, en Lisboa y en el CEDEX de Madrid.

Estos últimos años su reto ha sido la necesidad de implantar la calibración de las fechas carbono-14 en la comunidad arqueológica, como paso para la construcción de cronologías más exactas. Ciertamente es que algunos arqueólogos, pocos por fortuna, todavía piensan que el error asociado a la fecha es simplemente un capricho matemático; otros, algunos más, calibran o no en función de si los resultados definitivos se avienen mejor o peor con su hipótesis de trabajo. Contra estas mentalidades estrechas combatió Fernán y queda como desafío para el Laboratorio de Geocronología.

Por último me falta reflejar algo de su personalidad, y precisamente lo dejo para el final porque es la parte más dolorosa y que inconscientemente he intentado evitar. De mentalidad abierta, su talante viajero ha sido heredado por sus hijas, Guiomar y Natalia. Muchas veces recordó conmigo sus viajes de juventud en moto por Europa, y cuando yo volvía de viaje comentábamos las excursiones, lo cual suponía para mí una verdadera prueba, pues me bombardeaba a preguntas y encontraba algún sitio que, mereciendo la pena ser visitado, yo no había visto. Huía de las multitudes y de las

aglomeraciones de gente y ruido, y cuando podían, Fernanda y él pasaban unos días de camping en la costa gallega. Fue un montañero amante de la naturaleza. Recorrió todas las sendas de la sierra de Guadarrama, y le gustaban especialmente el camino de la Fuenfría y el Mirador de los Poetas.

Tenía algo del espíritu generoso y romántico de los que pelean por causas perdidas. Por eso era ecologista y socio de Greenpeace. Protestaba y escribía cartas a quien competiera, exasperándole la lentitud y problemas que la burocracia provocaba, desviándole de su trabajo. Sabía que no era políticamente correcto, pero no le importaba sin con ello podía solucionar una injusticia. Amante del teatro, lector voraz y escritor maravilloso, lo mismo asistía a una conferencia sobre física que sobre los poetas del veintisiete.

Como me han recordado muchos arqueólogos estos días, fue enormemente generoso en el trabajo, donde muchas veces no cobró las medidas. Él decía que esas cosas había que hacerlas por el bien de la ciencia, pues no estábamos en un país sobrado de recursos. Tenía la paciencia necesaria para explicar, de forma amena y didáctica, los misterios del método de datación.

No le gustaban las celebraciones masivas, prefirió jubilarse sin ruido, y a muchos les sorprendió la noticia cuando

preguntaban por él. No soportaba a los que se daban ínfulas, y recuerdo que hace muy poco, cuando le hice una presentación en ordenador para una charla que iba a dar, me pidió que quitara su nombre de la diapositiva inicial, porque no era importante quién lo decía sino qué se quería decir. Creo que no hubiera tolerado un homenaje, y si leyera estas líneas, me diría que dejara de escribir tonterías.

Siento rabia porque la vida fue cruel en su final y no le dejó disfrutar de su jubilación, en esa maravillosa casa con vistas a la desembocadura del Miño. Sus proyectos, sus árboles frutales y el jardín, e incluso, venir al laboratorio, porque, como decía él, simplemente se había tomado un año sabático algo largo. Como consuelo, me queda la agradable mañana que pasamos Fernán, Fernanda, mi mujer y yo bebiendo vino de El Rosal, el día de Todos los Santos.

Madrid, 15 de diciembre de 2002

Antonio Rubinos Pérez
Laboratorio de Geocronología

Dos encuentros: “Arqueología teórica” y “Homo. Seminario de evolución humana”

Ciclo de conferencias sobre Arqueología Teórica. 15-18 de abril de 2002. Facultad de Geografía e Historia. UCM. Madrid

La Unión Cultural Arqueológica (UCA) de la Universidad Complutense organizó, en abril de 2002, un “Ciclo de Conferencias sobre Arqueología Teórica”, celebrado en la Facultad de Geografía e Historia, coordinado por la Profesora Almudena Hernando.

Este encuentro bien planteado y organizado contó con valiosas aportaciones de interés, pero también con una participación entusiasta y dispuesta a redescubrir la Arqueología, por lo que hay que aplaudir estas reuniones y animar a que sean más frecuentes. *Redescubrir* es quizá la palabra más adecuada para el mensaje que intentamos transmitir aquí. Qué duda cabe que la magia de la palabra surge de improviso (magia, porque desconocemos los mecanismos creativos del lenguaje). Y que la experiencia de la comprensión a través de la palabra es tanto o más impactante y conmovedora como la experiencia del descubrimiento, del hallazgo arqueológico. Puede decirse que la Arqueología es el arte del re-descubrimiento, no sólo porque trata de exhumar los objetos y las acciones del pasado, sino porque intenta comprender su existencia, interpretar aquellas acciones, esto es, re-descubrir el Pasado mismo. De ahí que interpretamos insistentemente, recurrentemente y lo hacemos renovadamente cada vez que experimentamos un re-descubrimiento con “nuestro” lenguaje.

Estos encuentros ofrecen la oportunidad de expresar y de escuchar al otro, de percibir el sentido más positivo de cada uno en su ejercicio de búsqueda para alcanzar la interpretación más adecuada, en su intento de redescubrir entre sus propias estructuras de pensamiento.

Con esta disposición escuchamos al Profesor Felipe Criado Boado hablar sobre “Estructura sin sujetos, objetos con estructura”. Desde su más sentido crítico, afirma que la Arqueología Estructural es imposible, impracticable, pero que existen razones para abogar por el Estructuralismo como posición intelectual: “El Estructuralismo no está agotado”, a pesar de los efectos perversos a los que ha conducido su práctica. El Estructuralismo ofrece rigor metodológico, fundamento del posmodernismo, de la lingüística y del materialismo social. Posibilita el estudio de la superestructura y de lo imaginario (la infraestructura de lo material, por Gode-

lier). Es propicio para repensar la historia, proporciona una referencia al horizonte de racionalidad que nos permite construir patrones o modelos de racionalidad como base para la interpretación arqueológica. Pero, principalmente, diríamos que Felipe Criado habló desde una posición abierta al diálogo y concededora de los propios límites, que siempre los hay, como en el lenguaje mismo.

La Profesora Almudena Hernando Gonzalo en su disertación sobre “Conocimiento, poder y relación con el mundo en las sociedades orales. Sobre la utilidad del estructuralismo para el análisis de la Prehistoria”. Reflexionó sobre la ordenación del universal espacio-tiempo y sobre la relación vinculante entre el sentido cultural de este orden en cada cultura con la conformación privada y social del pensamiento para captar ese orden concreto, es decir, con las condiciones para la formación de la identidad del individuo en cada cultura. Su práctica trabaja el lenguaje hablado o escrito, y especialmente el lenguaje de las formas y otros modos de expresión de la relación e interacción de los individuos, entre ellos y con su entorno. Es decir, que todos los órdenes de significación de una cultura son coherentes entre sí y competentes para comprender dicha cultura permitiéndonos construir una representación de ella y su orden espacio-temporal.

El Dr. Antonio Gilman Guillén, quien en su exposición, sobre “Diversas corrientes del materialismo histórico en la Arqueología Prehistórica”, comenzaba manifestando su posición ecléctica y abierta a aceptar ideas de otras fuentes ajenas al dominio de la teoría arqueológica. Y terminaba expresando el rigor ético que asume: “De lo que no se puede hablar es mejor callarse” (que debe entenderse como “*Los límites de mi lengua* significan los límites de mi mundo”, de Ludwig Wittgenstein). Esta posición se desarrolla, para Antonio Gilman, en total armonía con la estrategia funcionalista. Lo que también puede entenderse como “ir a lo seguro” en arqueología, pero admitiendo el riesgo de la crítica y la lógica provenientes de cualquier otra fuente del saber. Un ejemplo de la práctica de sus planteamientos es la cuestión de hasta qué punto es posible detectar, contrastar, con métodos arqueológicos la participación en acciones del pasado de: la necesidad del acopio del poder/riqueza por clases dirigentes y el acopio del mismo por placer.

Juan Vicent García en su intervención, sobre “Después del futuro. Marxismo y Arqueología a principios del siglo XXI”, nos habló directamente desde su experiencia, desde su ejercicio de investigación como arqueólogo marxista y en el interés firme de conocer el sentido de la historia del presente en la consciencia de su vinculación con el sentido de la historia del pasado. Esta misma consciencia es la que promueve en su principal crítica hacia el actualismo en la interpretación arqueológica. Y, por la misma razón, reafirma la necesidad de la Teoría Crítica, su vigencia como marco para las propuestas de reconstrucción y de repensar la Historia. Como observación personal, Juan Vicent es una de esas personas afortunadas por una cualidad muy escasa, a saber, hablar igual que escribir, produciendo un goce particular al oyente si añadimos que lo hace con una claridad meridiana en los conceptos.

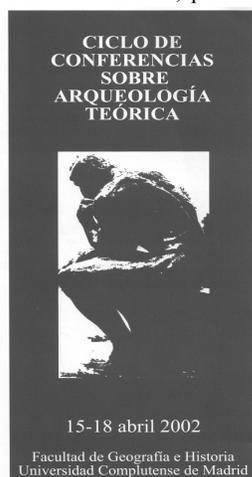
D. Antonio Uriarte González habló sobre “Dilemas teóricos y metodológicos en Arqueología”, que expuso con amenidad, transmitiendo su preocupación por detectar la in-

SECRETARÍA DEL CICLO
Unión Cultural Arqueológica
Facultad de Geografía e Historia
c/ Profesor Aranguren s/n Ciudad Universitaria
28040 MADRID

SEDE DEL CICLO
Salón de Actos
Aula de Grados
Facultad de Geografía e Historia U.C.M.
c/ Profesor Aranguren s/n Madrid

COLABORA
Almudena Hernando Gonzalo
Departamento de Prehistoria
Facultad de Geografía e Historia U.C.M.

ORGANIZA
Unión Cultural Arqueológica



tencionalidad del acto en el pasado. ¿Mediante qué mecanismos podemos aseverar o suponer que la intencionalidad deja huella en el registro arqueológico?. Esta preocupación se complementa en el interés por detectar el anonimato en el registro. Problema éste que se plantea rigurosamente en el programa académico de metodología arqueológica, pero que, quizá, no sea tan sencillo de sistematizar en el mundo profesional y de gestión arqueológica con el detenimiento de análisis crítico que merece. Así mismo, manifiesta la preocupación por la diferenciación teórica y práctica de los patrones ideológicos, emotivos, racionales..., que son perceptibles y subjetivos desde el arqueólogo.

D. Alfredo González Ruibal, en su intervención sobre “Arqueología y Fenomenología” focalizó su discurso en las redes de interacción humana y apuesta por la efectiva aportación de la fenomenología al método arqueológico y a la perspectiva teórica. No duda de que es necesario afrontar la escala mínima en que se resuelven las acciones humanas desde la Arqueología Crítica. Se puede configurar la investigación a esta escala como medio de contrastación de las inferencias obtenidas en otras escalas sociales. Alfredo González acepta el riesgo y lo hace de la mano de M. Heidegger, B. Vender, Y-F Tuan, G. Vattimo y D. Moran entre otros, lo que hace de su propuesta una oferta con garantía del trabajo bien hecho.

El Profesor Víctor Fernández Martínez con su capacidad de relacionar temas, datos y contextos abordó su exposición sobre “Ciencia y Ética: hacia una Arqueología Crítica”, planteó una cascada de observaciones, análisis y problemas éticos en el ejercicio profesional. Entre todo su discurso, pronunciado en su ritmo de habla trepidante (podíamos correr el riesgo de percibirlo como una relación inerte de datos), indicó el problema real para la ciencia y la ética en la etnoarqueología. Problema que destacamos aquí como principal: “Qué derecho tenemos –nos tomamos para interpretar la cultura del otro”. Dejaremos esta pregunta abierta, dispuesta a ser repensada, así como la referencia al Código Deontológico Profesional del arqueólogo (se puede descargar en fichero comprimido en la dirección web <http://www.cdlmadrid.es/arq/ca02se00.html>), al que hizo un exhaustivo repaso.

Por último, la Profesora Paloma González Marcén desarrolló la propuesta de la Arqueología de Género, “Vivir el presente y pensar el pasado: La Arqueología de Mujeres”, planteando reivindicaciones y objetivos, donde la resolución práctica requiere la intervención, en los diferentes planos individual y social, del discurso relacionado estructuralista-psicoanalítico, estructuralista-fenomenológico y materialista histórico. El método integra la escala mínima de observación, la interdisciplinariedad, el antipositivismo como fuente válida de conocimiento y, en especial, el *descubrimiento* versus contrastación. Paloma González asevera que los resultados, además, benefician al ámbito educativo y a la gestión del patrimonio. El interés suscitado y latente ya en la sala hacia esta oferta superó con creces al *espacio-tiempo* asignado para el debate, por lo que, lamentablemente, se respiró cierta frustración entre el público asistente.

En conjunto, se puede afirmar que es creciente la valoración positiva de la adquisición del conocimiento por el autoanálisis y la reflexión de la propia experiencia, y es patente el común acuerdo por la necesidad del debate teórico en el sentido de medio para alcanzar mayor diálogo y de integración de las diferentes propuestas teóricas. Y, aún a riesgo de “repetirme”, trasladaré aquí un párrafo de comentario que se

publicó en la crónica de este evento para Arqueoweb: “Como puntualizó Gonzalo Ruiz Zapatero, es la primera ocasión en que se puede observar alumnos desarrollando líneas de investigación diferentes a las de sus tutores, haciéndose evidente que éstos respetan el riesgo consecuente de aquéllos. Respetar y arriesgar consecuentemente son, quizá, dos actitudes que difícilmente se desenvuelven juntas en el mismo espacio-tiempo. De manera que esta muestra es del todo satisfactoria porque ratifica que es el producto de muchos años pasados con los ojos puestos en este anhelo.”

**Homo. Seminario de Evolución Humana.
19-23 de noviembre de 2001.
Museo Arqueológico Nacional. Madrid**

El ciclo de conferencias “*Homo. Seminario sobre la Evolución Humana*” es otro evento celebrado en este último año, al tuvimos la suerte de asistir. En este caso, Carmen Cacho, Jefa del Departamento de Prehistoria del Museo Arqueológico Nacional y organizadora de esta convocatoria, reunió a los expertos de primera línea sobre evolución humana, en el marco del plan de renovación y actualización del espacio museográfico destinado a este tema. Esta convocatoria se constituía, así, como la actividad científica que completaba este proyecto departamental con el objetivo de ofrecer una revisión del estado actual del conocimiento en esta cuestión.

Comenzó el Prof. Bernard Wood (Department of Anthropology, George Washington University, EE.UU.) disertando sobre “Evolución humana: grupos y linajes”. La definición de los rasgos característicos del género *Homo* y la interpretación de la taxonómica son dos tareas complejas donde los resultados son –siempre provisionales. Sintetizando su experiencia sobre este campo, acotó como parámetros de medida el tamaño cerebral, la morfología dental y el bipedismo, para afinar después cómo la relación entre ellos permite, en cierta medida, la comprensión del registro fósil. Así, parece deducirse que mientras se organiza el bipedismo, el registro fósil muestra variaciones de tamaño dentarias (8-5 m. a.) y que sólo al final de este proceso se detecta un aumento cerebral (circa 5 m.a.) asociado al bipedismo obligado (no facultativo). En la interpretación de este fenómeno, el Prof. Wood manifiesta que se enfatiza más la discontinuidad que la continuidad, aunque este énfasis no debe entenderse como equivalencia de verdad. Además, los candidatos para ancestros o no-ancestros están insuficientemente perfilados como para la contrastación. Bien sea para la identificación de claves de innovación adaptativa (grado), como adaptación compartida, bien sea para la definición de rasgos propios (clado), lo cierto es que el registro fósil es insuficiente y sólo nos permite afirmar cosas tales como: el género *paranthropo* es especialista y el género *homo* generalista. Por otra parte la armonía entre estos dos conceptos es difícil porque, de un lado, el clado no soporta bien la parsimonia y, por otro, debe haber varios grados para que el clado al que pertenecen sea consistente. De manera que ..., *es conveniente aprender a vivir con un set incompleto de datos.*

El Prof. Yves Coppens (Collège de France, París), posiblemente el más veterano de los participantes, versó sobre “*Ardipithecus*, *Orrorin*, *Australopithecus*, *Kenyanthropus*, *Zinjanthropus*, *Paranthropus*, el conjunto de los *prehumanos*”, planteando el problema que le ocupa en la actualidad:

Museo
Arqueológico
Nacional

HOMO

Seminario sobre la Evolución Humana

19 - 23 de noviembre de 2001



¿Existió un ancestro común, entre 7 y 8 m.a.? El lugar habitual para buscar respuestas a este tipo de preguntas es el Valle de Rift, pero desde el verano del 2001 Y. Coppens considera especialmente el desierto Chad como el otro paisaje candidato para este destino. Los argumentos principales son el registro fósil y los cambios climáticos que se conjugan con la consabida dicotomía de asociaciones: el bosque occidental habitado por *parminae* y la sabana oriental por *hominidae*. Caracterizando el potencial paleontológico de la zona occidental, el registro fósil nos remite al intervalo 4-2 m.a. para documentar la primera muestra de convivencia de proboscídeos y homínidos, aunque es entre 2 y 1 m.a. cuando el registro es más claro. Hacer hincapié en este periodo tiene especial relevancia por la posible conexión, durante las etapas secas, entre esta zona y el Estrecho de Gibraltar. Un año después de esta exposición, cuyo mensaje principal es más bien una apuesta por la concentración de esfuerzos y atención hacia el Chad, disponemos ya del fósil “esperado”: en julio del 2002 Ahounta Djimboumbaye, licenciado en Ciencias Naturales por la Universidad de N’Djamena, encontró un cráneo, fragmento de mandíbula y parte de los dientes del que se dominó el cráneo “Tourmaï” o “esperanza de vida”. Estos restos se sitúan entre 6 y 7 m.a. constituyendo un hallazgo de verdadero impacto para la reconstrucción de la línea evolutiva más probable sobre nuestros primeros ancestros. Puede que Y. Coppens gane esta imaginaria apuesta o, al menos, puede que tras esta experiencia quede más claro que para obtener la productividad deseada hay que afinar al máximo el conocimiento sobre el paleoclima y paleopaisaje.

Entre 2 y 1 m.a. el problema que plantea el registro fósil consiste en la variedad de rasgos homínidos que hay que ordenar, clasificar e interpretar, como planteó el Dr. David Lordkipanidze (Department of Geology & Paleontology, Georgian State Museum, Tbilisi) uno de los miembros principales del equipo de paleoantropólogos que trabaja en Dmanisi y que habló sobre “Los primeros humanos en el Cáucaso”. En noviembre pasado el profesor Lordkipanidze nos mostraba, en un tono sencillo y discreto, el espléndido resultado de los trabajos desde el descubrimiento de la mandíbula D-211 en 1991. Recordando con detalle cómo se ha obtenido una datación de 1,8 m.a. con toda garantía metodológica, una vez que la comunidad científica ya ha tenido tiempo suficiente para adaptarse a la idea de esta “fecha temprana” para la migración homínida desde Africa, ahora el esfuerzo intelectual para la interpretación del nuevo registro fósil se centra en la contrastación de correlaciones y corolarios que han primado durante la década de los 90. Esto es, la relación del tamaño cerebral con: el tamaño corporal, la migración, el uso de herramientas-modos y rasgos como el desgaste dental (en relación con la dieta) y el desgaste de las falanges (en relación con los hábitos motores y manipulación de objetos). En este sentido, la aportación de este equipo se afianza cada año por su consistencia y la racionalidad de sus conclusiones, por ejemplo: explicar fenómenos como la migración del

H. Erectus a través de múltiples factores, aceptar una variedad homínida provocada por una realidad compleja del registro paleoantropológico que aún está sin resolver y, en particular, considerar Georgia como un territorio propicio para las vías de paso y potencialmente rico para aportar información relevante y clave para estas cuestiones, como bien demuestran los trabajos en Dmanisi.

Efectivamente, 1991 fue un año reseñable, como corrobora el Prof. Bermúdez de Castro (Departamento de Paleobiología, Museo Nacional de Ciencias Naturales, C.S.I.C., Madrid), que trató sobre “Atapuerca y los primeros europeos”, al recordar que en el Congreso de Franckfurt celebrado entonces se aceptó la datación de 1,7 m.a. para la separación entre hábilis y erectus, en función de la posición de los molares. Aunque también es un año de referencia para la década siguiente, especialmente para la comunidad científica europea por la aceptación de que los restos fósiles aparecidos en Europa (Vallonet, Soleihac, Mote Proggiolo) y asociados a industria lítica Modo 1 pertenecieron a seres humanos, y no a homínidos, de antes del 0,5 m.a. Pronto aparecieron más pruebas y dataciones próximas a 0,8 m.a. (Ceprano, Gran Dolina) que lo confirmaban. Pero lo que no ha cambiado, para el Prof. Bermúdez de Castro, es la productividad de los estudios sobre desarrollo dental y su correlación con la formación y desarrollo cerebral. A través de sus estudios comparativos entre los patrones humano y primate afirma que, hoy por hoy, es el mejor argumento para identificar especies pre-sapiens. Concluye que debieron existir más de una salida desde Africa, una de las cuales generaría la línea pre-neander europea. Otra, encuadrable entre 1,8 y 2 m.a., se produciría por individuos próximos a erectus / ergaster. Y una tercera, entre 250 y 200 k.a., supondría la entrada de sapiens sapiens en Europa. En el debate, se manifiesta que en el marco europeo no está resuelto aún el conocimiento de la población asociada a la industria achelense (1,4 a 1 m.a.).

Sin embargo, con la exposición del Dr. Giorgio Manzi (Dipartimento di Paleontologia Animale e dell’Uomo, Università di Roma “La Sapienza”, Italia), “Desde los primeros europeos a los últimos Neandertales. Modelos en la evolución del género Homo desde una perspectiva italiana”, tuvimos la oportunidad de meditar sobre la capacidad documental que ofrecen los restos craneales italianos para mostrar la continuidad evolutiva humana y, especialmente, la capacidad explicativa que ofrecen los restos de Ceprano. En concreto los rescatados en una estratigrafía de 5 m de sedimento fluvial y capas volcánicas bien acotadas y con buenas fechas. El cráneo de Ceprano datado por estas capas entre 700 y 980 k.a., puede estar representando la presencia de una forma intermedia entre el ergaster (Dmanisi, Georgia), erectus asiático y los especímenes europeos heidelbergensis (antes sapiens arcáico, como el cráneo de Petralona, Grecia 0,7 m. a.) con industria asociada del Modo I. El Dr. Manzi viene a decirnos que el territorio italiano, con sus 12 yacimientos del Pleistoceno Medio y 16 del Pleistoceno Final, puede aportar datos muy relevantes para la configuración del árbol evolutivo actual en discusión, entre ergaster-antecessor-rhodesiensis-erectus asiático-heidelbergensis-neander y sapiens sapiens.

Con el Dr. Jean-Jacques Hublin (Laboratoire d’Anthropologie, Université de Bordeaux I, Francia) con su aportación, “Sobre hielo y hombres: los Neandertales en Eurasia occidental”, tuvimos otra oportunidad de reflexionar sobre los parámetros de medida y las interpretaciones derivadas de correlacionar rasgos antropológicos y fenómenos

paleoclimáticos. Respecto al primer punto, el Dr. Hublin expone cómo la correlación entre el radio y la curvatura del oído, como parámetro de medida de adaptación (relacionado con el equilibrio), aplicado a los cráneos de especies entre sapiens arcaico y sapiens sapiens, refleja de modo concluyente que la especie Neanderthal es la mejor adaptada en este rasgo. Es un buen ejemplo de cómo se pueden realizar estudios perfectamente racionales cuyas conclusiones sean contradictorias con la situación real, puesto que la adaptación auditiva del Neanderthal está en contradicción con su extinción como especie homínida y nos avisa de la complejidad de definición de especie. También nos recuerda que se conoce un gran variabilidad craneal entre los chimpancés. El Dr. Hublin enfatiza la variabilidad de la misma manera que antes advertía sobre el énfasis en la discontinuidad. De modo que el mensaje principal es recordar que las características deben entenderse por grupo y no por individuos. De ahí que la variabilidad puede entenderse (no siempre explicarse) mejor en relación con las crisis climáticas que provocan aislamiento de poblaciones (con acreción de rasgos y restricción de la variabilidad) en las especies europeas. En los periodos de bondad climática, las nuevas colonizaciones reflejan una variabilidad que es posible explicarse dentro de una misma especie. Desde esta perspectiva, el capítulo de los últimos neanderthales es especialmente excitante y retador, puesto que, a pesar de las crisis climáticas existe una continuidad lítica (musteriense, chatelperroniense, aurñaciense) que permite hacernos la pregunta de si existió la aculturación entre grupos Neanderthal.

Ya en el coloquio, el Dr. Hublin recordó la importancia de Atapuerca por su capacidad de proporcionar los materiales para estudios de población, antes inexistentes. Pero el tema “estrella” de la convivencia entre neanderthales y humanos modernos durante unos 10.000 años y la posibilidad de hibridación absorbió el interés y se prolongó hasta la jornada siguiente en que el Dr. Juan Luis Arsuaga y el Dr. Yoel Rak hicieran sus exposiciones.

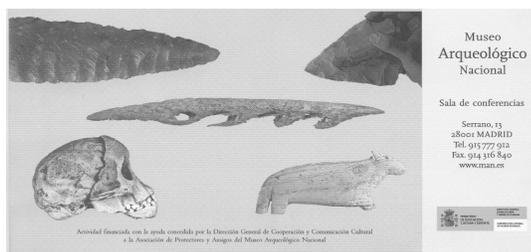
De la convivencia no parece haber ninguna duda, destacando el Prof. Arsuaga (Departamento de Paleontología, Facultad de Ciencias Geológicas, Universidad Complutense de Madrid), en su intervención sobre “El origen de la mente humana” los materiales de Cova Foradada y Mallaetes, fechados entre 28.000 BP y 25.100 BP respectivamente. Sobre la hibridación, si bien puede ser posible, como subespecies o como especies muy cercanas, pero se expresó con escepticismo. Reafirmando, sin embargo, el comportamiento del registro arqueológico donde la aparición del arte es repentina y profusa en contraste con su ausencia durante los miles de años de esa supuesta convivencia neanderthal-moderno, constituyendo el argumento principal para la aparición de la mente simbólica en el discurso del Dr. Juan Luis Arsuaga.

Por su parte, el Dr. Yoel Rak (Sakler Faculty of Medicine, Tel Aviv University, Israel), sobre el tema “Cara a cara con nuestros primos extintos: Neandertales y primeros Ho-

mo sapiens en las cuevas de Oriente Medio” mostró la alterancia de la ocupación de los mismos lugares, las cuevas de Israel como Qafzed, Amud y Kebara, por neanderthales y por los humanos modernos, hasta la desaparición total de los primeros. Sobre sus estudios anatómicos, centrados en las características craneales y pélvicas, resalta el hecho de que el cráneo y el sistema masticador de los Neandertales tienen rasgos claramente derivados, mientras que la pelvis y gran parte del sistema locomotor mantienen rasgos primitivos. Esta combinación de caracteres aparece invertido en el conjunto de rasgos de los humanos modernos, donde la pelvis y aparato locomotor están muy especializados mientras que el rostro y sistema masticatorio conservan rasgos primitivos.

El Dr. Robin Dunbar (School of Biological University of Liverpool, Reino Unido) tituló su conferencia “La evolución del cerebro social” centrada en el lenguaje como característica propia de los seres humanos modernos. Aborda esta cuestión desde la hipótesis del “cerebro social”, es decir, desde el estudio de la manifestación de los mecanismos cognitivos y estrategias reproductivas y sociales, especialmente de los primates. Sin duda, la aportación del Dr. Robin Dunbar es renovadora de los enfoques de la sociobiología iniciada por Edward O. Wilson, pero también es innovadora en el plano de contrastación de las diferentes estrategias construidas para acercarnos al comportamiento social de las especies humanas antecesoras a la forma moderna. No tanto por el fundamento en que se inspira (el lenguaje como manifestación esencial de la naturaleza humana) para el diseño de su análisis, sino por lo arriesgado de abordar técnicas de análisis y de relaciones sobre observaciones que siempre son indirectas, como la conducta social de primates o de humanos actuales. A pesar de las dificultades que conlleva su propuesta de investigación, su discurso fue inteligente, versátil y con sentido del humor. Especialmente coherente en el panorama actual donde las estructuras de redes sociales, la configuración de los espacios habitados, el control de los espacios naturales y el desarrollo de la manipulación de las materias primas (industrias líticas, en particular) ya son aspectos del registro relacionados con el tamaño cerebral y en análisis integrados con los datos paleoclimáticos y cronológicos (Clive Gamble entre otros, por ejemplo). Por lo que a mí respecta, fue una exposición “grácil” y llena de aire fresco.

Por último, la Dra. Leslie Aiello (Department of Anthropology, University College of London), en su intervención sobre “Clima y evolución humana en el Pleistoceno final de Europa”, realizó una exposición ordenada sobre los estudios paleoclimáticos y aspectos fisiológicos adaptativos centrada en los Neanderthales y humanos modernos. Mostró resultados del equipo de investigación sobre la “Etapa 3 del Oxígeno Isotópico” (publicado en la web en: <http://www.esc.cam.ac.uk/oistage3/Details/Homepage.html>), coordinado por el Prof. Tjeerd H. van Andel, del Departamento de Geológicas del Instituto Godwin para la Investigación del Cuaternario, en la Universidad de Cambridge. Estos trabajos demuestran que el conocimiento de los límites de termorregulación entre los Neandertales y los humanos modernos, junto con el modelo climático establecido para esta etapa (entre 60-25.000 años antes del presente), son muy productivos para intentar comprender a largo plazo los patrones de ocupación humana en la Europa glacial. Durante este periodo hubo frecuentes y rápidas oscilaciones climáticas de forma que el hombre moderno tuvo que vivir bajo mínimos de -20°C , lo que puede relacionarse con mecanismos culturales de adap-



tación al medio. Han demostrado estadísticamente, a partir de la masa y estatura corporales de neanderthales, humano arcaico y erectus, que todos desarrollaron el mismo control de temperatura corporal a través del metabolismo, y dan a conocer como temperatura crítica los 20°C, a partir de la cual, la ropa o la adaptación corporal (grasa y pelo) son necesarias. Han realizado también simulaciones de paleoambientes y hay que decir que ofrecen un estudio exhaustivo en cuanto a la actualidad y contrastación de los datos. En conjunto, siempre es un placer escuchar las síntesis de la Dra. Aiello.

Pero, como en estas ocasiones suele ocurrir, son todos los que están pero no están todos los que son. Carmen Cacho intentó la asistencia (comunicación personal) de Mary Leacky, el Prof. Alan Walker (Universidad del Estado de Pensilvania), el Dr. Brigitte Senut (Museo de Historia Natural, París) y el Prof. Tim White (Universidad de California, Berkeley) en el debate sobre los primeros ancestros, y en especial por el descubrimiento (Kenya, 2000) del fósil *Orrorin tugenensis* de 6 mill. de años. También de renombrados como el Prof. Ian Tattersall (Museo de Historia Natural, Nueva York) y Eric Trinkhaus (Universidad de Washington) para la cuestión de la extinción Neanderthal, o para el éxodo africano el

Prof. Chris Stringer (Museo de Historia Natural, Londres), Bar Yoseph o al mismísimo Don Johanson (Universidad de California, Berkeley). Todo este esfuerzo corrobora el carácter extraordinario y el interés científico de este encuentro.

Nos congratula observar cómo en tan corto periodo se han producido dos eventos de tan profundo calibre, que responden a dos niveles de exigencia intelectual y a dos planos de necesidad en el ejercicio profesional. El primero más vinculado al ámbito académico y el segundo enmarcado en una de las instituciones estatales más importantes destinada a la conservación y difusión del patrimonio histórico. Queda patente, pues, la intencionalidad de los organizadores por su convocatoria al debate científico en su sentido más estricto, sin interferencias de otros intereses más que el de hacer bien este trabajo.

Blanca Samaniego Bordiu

Jefa de los Servicios Informáticos
Museo Arqueológico Nacional

Almudena Hernando (2002): *Arqueología de la identidad*. Akal, Madrid. ISBN 84-460-1654-0, 224 pp.

Unas palabras primero sobre el título de este sorprendente libro: no es de las manifestaciones de cultura material, es decir arqueológicas, del fenómeno de la identidad de los grupos humanos de lo que trata. Sobre ese tema, dicho de paso, contaremos pronto con la traducción española del libro de Sian Jones (*The Archaeology of Ethnicity*, 1997), de parecido título. El volumen que comentamos tiene poco que ver con la “etnicidad”, un concepto ampliamente discutido y “problematizado” en los últimos años y que se refiere a aquello que hace sentirse iguales a los individuos de un grupo. Lo que la autora llama “identidad”, siguiendo a Jenkins y Elias, es lo que hace a cada individuo sentirse igual a sí mismo a lo largo del tiempo, manifestándose en mecanismos cognitivos que permiten tener la sensación subjetiva de un control de la realidad circundante (pp. 50-1). Esta identidad, que hace posible la orientación en el caos de la vida, se construye a lo largo de la existencia de los individuos y también a lo largo de la historia de los grupos humanos. Y lo que nos propone Almudena Hernando en su obra es nada menos que un modelo evolutivo, desde las primeras manifestaciones simbólicas a finales del Paleolítico hasta la actualidad, del progreso de construcción por la humanidad de su identidad hasta llegar a nuestra última expresión moderna. En este sentido, la palabra “arqueología” del título, más que con nuestra práctica habitual de reconstrucción material de pasados concretos, tendría que ver con un intento de reconstrucción cognitiva general, afín a la historia de las ideas y mentalidades y, por supuesto, al uso que de la misma palabra hizo Michel Foucault.

El primer elogio que se puede hacer al libro se dirige a su misma estructura. Para quien esté preocupado por la es-

tructura de los discursos científicos, es decir por cómo la presentación textual contribuye a la transmisión y aceptación por la comunidad científica de los datos e ideas expuestas, es algo claro que en aquéllos la forma interesa tanto o más que el fondo. Al igual que en las físico-naturales es esencial la acumulación de datos y experimentos empíricos, siempre presentados en su forma resumida -metafórica- gráfica o matemática, en las ciencias sociales y humanas es primordial el buen orden y la progresión de los argumentos, así como la concatenación y el acuerdo aparente entre teorías y hechos. A este respecto, el libro de A. Hernando está escrito con un estilo impecable, algo francamente raro en nuestra profesión: no sólo es gramaticalmente perfecto -aunque argumentalmente sea a veces reiterativo- sino que consigue transmitir el íntimo convencimiento y emoción personales por los que la autora es apreciada. En cuanto a su estructura, el volumen cumple con lo que yo llamaría “estado del arte” o últimas tendencias en la redacción de libros de tema humanístico en el ámbito académico angloamericano. Primero se exponen de forma amplia las posiciones teóricas, indispensablemente apoyadas en un corpus de bibliografía anterior, para luego encontrar ejemplos concretos que encajen, desde diferentes circunstancias y contextos históricos, con el modelo inicial. En mi opinión, la palabra clave del esquema de estos textos es la arriba escrita de “encajar”, entendida más bien en el sentido de “articular” que en sus otros sinónimos de “ajustar” o “embutir”. En ese sentido, el libro que comentamos es perfecto, observando asimismo lo que podríamos llamar un carácter de “monografía” por encima del de simple “artículo de revista ampliado” del que adolecen muchos otros que añaden páginas innecesarias hasta merecer -inme-

recidamente- una edición independiente: a pesar de su longitud, a esta obra no le sobra ninguna de sus partes sustanciales.

Otra cosa que yo agradezco a las propuestas de A. Hernando es que adopten una postura teórica de enfoque de la prehistoria y la etnografía que se acerca a las posiciones "culturalistas", es decir, alejada de las interpretaciones tan habituales de corte ecológico. Mientras los numerosos seguidores del paradigma evolucionista biológico se fijan en el "comportamiento" exterior de los individuos y los grupos, encontrando siempre una justificación a larguísimo plazo en los invisibles impulsos genéticos (ver p.ej. Cartwright 2000), las aproximaciones culturalistas priman la influencia de los mecanismos de control sociales y mentales, muchas veces específicos para cada grupo humano, en el posterior comportamiento visible (Geertz 1987). De hecho, uno de los fines primordiales del libro es establecer un puente que permita acceder a una cierta parte al menos de las mentes prehistóricas, sin caer en las habituales proyecciones actualistas del presente hacia el pasado.

Para ello la obra comienza criticando las principales premisas de las arqueologías procesual y post-procesual (que identifica con la primacía de la razón y la del sujeto), porque la primera parte de la base de suponer a los prehistóricos iguales a nosotros y la segunda, aunque admite que eran distintos, no cree en la posibilidad de acceder a sus estructuras mentales. El estructuralismo clásico, sin embargo, ofrece a la autora una salida: todas y cada una de las culturas humanas están atravesadas a todos sus niveles por un orden específico de significación que además conforma una especie de subjetividad social por encima de las psicologías particulares de cada individuo concreto. Esas "estructuras" son accesibles a la investigación en las sociedades actuales, tanto premodernas como modernas, y aunque se reconocen las dificultades teóricas que supone, en cierta forma es posible, como decía Levi-Strauss, que un viaje a tierras lejanas se pueda convertir en una misteriosa exploración del pasado. La hipótesis fundamental de la autora es que existe una relación estructural necesaria entre la forma de control material que una determinada sociedad tiene sobre la realidad exterior y el modo de percepción psicológica (no otra cosa que su identidad) de esa misma realidad. En principio, esa relación nos debería permitir el acceso a la identidad de grupos humanos del pasado, incluido el prehistórico, siempre que conozcamos sus mecanismos de control material, su sistema tecnológico-económico.

En la parte dedicada a los fundamentos teóricos de la hipótesis, se desglosan detalladamente sus elementos en lo que respecta a la identidad, el espacio, el tiempo y el mito. Combinando el basamento epistemológico anterior, estructuralista como vimos, con los trabajos sobre historia de las mentalidades de D.R. Olson y N. Eliás, se presenta un modelo de cambio lineal, seguro en lo espacial y probable en lo temporal, con dos extremos entre los cuales caben todas las gradaciones y combinaciones posibles. El primero es el de las sociedades cazadoras-recolectoras, de escasa complejidad socio-económica e insuficiente control de la por consiguiente amenazadora realidad, con identidad relacional, basadas en una fuerte cohesión e identificación entre sus miembros, que construyen su idea de la realidad basándose en parámetros espaciales y utilizan la metonimia, y su expresión mayor, el mito, para representarla mentalmente. El segundo es el de las sociedades modernas industriales, de gran comple-

jididad socio-económica y alto control de una realidad ahora inocua, con identidad individualizada y basadas en la independencia y diferenciación de sus miembros, que construyen su idea de la realidad mediante parámetros temporales y utilizan la metáfora, con su expresión máxima, la ciencia, para representarse la realidad.

El camino seguido por la humanidad tiene un sentido de progresivo distanciamiento emocional entre el sujeto y la realidad, unido a un progresivo control de la misma en su propio beneficio. El uso de metonimias, es decir de partes del mundo natural para designar otras más amplias del mismo mundo, supone un desconocimiento del funcionamiento de esa realidad, que sólo se conseguirá mediante el uso de metáforas, en especial las más elaboradas, asociadas a la ciencia, como la escritura, matemáticas, mapas, etc. Esa ignorancia provoca un sentimiento de miedo ante la realidad y ante cualquier cambio, compensado en parte por mecanismos emotivos y de fuerte cohesión social, lo que explicaría la igualdad y ausencia de estratificación en los grupos más tradicionales. Serán las jerarquías dominantes de estos grupos las que "avancen" en el sentido de conseguir un mayor control de la realidad, a través de un sentido mayor del tiempo (más expectativas de futuro) y un uso más frecuente de las representaciones metafóricas, lo que lleva también a que sus miembros estén más individualizados, es decir, más diferenciados del resto de la sociedad.

Tras una interesante y densa digresión sobre el mito, el libro entra en su segunda parte, de "historia", en la que se abordan ejemplos y detalles concretos de grupos tradicionales que estarían hoy ocupando diversas posiciones relativas a lo largo del continuum postulado por el modelo anterior. Tal vez sea aquí donde el esquema aparece más claro y la lectura se hace más agradable, en las descripciones etnográficas concretas: canacos melanesios y nukak amazónicos para los cazadores-recolectores, q'eqchi' mayas, estudiados en parte por la autora, como ejemplo de agricultores de roza, y diversos datos de época prehistórica e histórica europea para los siguientes pasos hacia la situación actual de modernidad. Ahora, el cambio de estructura mental aparece complementado por los cambios de estadios económicos, que se toman de teorías marxistas recientes (Wolf, Amin, Haldon, Vicent): modos de producción doméstico, de parentesco, de linajes y tributario. La articulación de conceptos marxistas y estructuralistas, con todo, apenas es tratada y los conceptos materialistas aparecen un tanto inopinadamente en una argumentación de tipo más idealista y estructuralista en lo esencial. Mejor encajan las ideas de A. Hernando con otras, también resumidas aquí, presentadas también hace poco por F. Criado sobre el simbolismo de los monumentos y la desacralización del espacio.

Pero el modelo económico que la autora escoge para contraponer a la evolución de las estructuras de la mente humana es una adaptación del propuesto por Marshall Sahlins (1977: 210-4) para las diferentes formas de intercambio mediante reciprocidad: positiva universal, positiva interna y negativa externa, y negativa universal. La primera modalidad sería la esperable en grupos pequeños de cazadores-recolectores, donde no hay división de funciones y existe una relación estrecha de parentesco entre todos sus miembros y la generosidad universal sirve para hacer frente a una naturaleza amenazante, mientras la segunda corresponde a todas las sociedades campesinas, cuando la demografía más alta y la propiedad de la tierra incitan a un sistema ya dividido de li-

najes unilineales de parentesco, la aparición del “nosotros” y “ellos”. Por último, la reciprocidad negativa a todos los niveles es la propia del sistema capitalista, cuando se ha completado el proceso de individualización de la sociedad y el control científico de la naturaleza acompaña, o es resultado de una visión excluyente de las relaciones humanas, de la “definitiva prioridad del yo sobre el nosotros” (p. 152).

Con lo anterior quedan resumidas las principales líneas directrices del libro, aunque es imposible acercarse aquí ni siquiera a una pequeña parte de las ideas y ejemplos que se exponen en sus páginas de forma muy didáctica. La tesis principal es que este modelo permite acercarse de forma más directa a los grupos prehistóricos, salvando los inconvenientes del actualismo que contamina otras aproximaciones. También que las divisiones que establece deberían servir para clasificar mejor las etapas prehistóricas, definidas hasta ahora por criterios tecnológicos (edades de la piedra, los metales, etc.) o económicos (predación o producción de alimentos, etc.), que no son sino una proyección de nuestra mentalidad economicista del presente.

Tal vez el libro debería haber avanzado más en esa línea. Si se trata de sustituir el viejo esquema tipologicista de la prehistoria hecha desde Europa y Occidente en general por otro mejor, objetivo ambicioso y encomiable sin duda, habría que tratar de construir algunos puentes entre un modelo de mentalidades y una realidad de materialidades. Resumiendo las principales posturas teóricas, quizás hubiera quedado algún espacio en sus páginas para empezar el rastreo de los posibles correlatos en la cultura material de las estructuras metonímicas y metafóricas que se postulan como prioritarias para construir la realidad. Lógicamente, el campo del simbolismo y el arte en prehistoria y antropología es el primero que aparece como susceptible de proporcionar alguna información al respecto, y para el tema de la individualización los estudios sobre “estilos” personales en arqueología podrían ser también útiles. Los trabajos antropológicos de James W. Fernandez (1986, 1991) sobre el papel de la metáfora en los rituales tradicionales no deberían dejarse de lado, y mucho menos el más reciente de Christopher Tilley (1999), que asimismo muestra que la metáfora -que aquí, como suele ser habitual, incluye también a la metonimia y otros tropos que significan algo distinto de lo que dicen- es primordial en esas sociedades, no tanto en el campo verbal como en el de la cultura material que es justo el que más nos interesa. Para una filosofía global basada en la metáfora lingüística, se podría tener en cuenta el reciente y monumental tratado de Lakoff y Johnson (1999), que completa su anterior trabajo sobre el mismo tema, muy citada por la autora del libro que comentamos (Lakoff y Johnson 1986). Para una contrastación más amplia del modelo expuesto se debería al mismo tiempo comparar sus virtudes con otros esquemas de cambio y estructura mental más fisiológicos, como los propuestos desde el campo de las neurociencias (p.ej. Churchland 1986) y la antropología cognitiva (p.ej. Mithen 1998), o los procedentes de la lingüística (p.ej. Chomsky 1989, 1984).

Desde mi actual punto de vista, también encuentro el modelo de A. Hernando en cierto modo seguidor de un cierto eurocentrismo clásico. A pesar de su pretensión de evitar las perspectivas presentistas, es difícil no ver en él las huellas de esa idea fundamental de nuestra modernidad, que ve la historia como un camino desde formas imperfectas hacia otras progresivamente más perfectas. La autora es consciente de esta objeción, y en diversos lugares (p.ej. pp. 87 y 112)

desmiente cualquier tipo de menoscabo hacia las culturas premodernas, exaltando su grado de eficacia y sofisticación, y en un brillante epílogo nos recuerda los oscuros pozos que parecen abrirse cada día más bajo nuestros propios pies. Pero la idea general que surge de entre las líneas del libro es que los grupos humanos “progresan” -aunque sea de forma inevitable y hasta no buscada- según van aumentando su conocimiento y control de la naturaleza, perdiendo así el miedo a sus peligros y llegando por fin a aceptar el cambio como bueno e inevitable. Esta identificación de control, ciencia y poder se hace todavía más evidente cuando se describe la contribución de las élites sociales, que son las impulsoras del cambio, sobre todo por su desarrollo de la individualización personal (ver p.ej. el esquema de la página 72).

Aunque comprendo que las tesis evolucionistas y funcionalistas (otro aspecto del libro: las culturas, cada una en su escala, tienen por fin el control de la realidad en su propio beneficio) están tan íntimamente adheridas a nuestros paradigmas inconscientes que resulta muy difícil siquiera imaginar mundos y esquemas diferentes, hubiera esperado, de una aproximación que se proclama estructuralista, una mayor atención a la variedad humana, que siempre es resultado de cada historia concreta (Campillo 2001). Por ejemplo, el modo de vida de los cazadores-recolectores ha sido presentado por algunos autores en un sentido muy diferente al que recoge la autora, que lo define como carente de control sobre el ambiente y cargado de temores frente al futuro: muchos cazadores tienen una actitud de confianza frente a sus presas igual a la que tienen frente a otros cazadores (Ingold 1993), mientras que los recolectores del Trópico ven a la naturaleza, representada por la selva, como una madre que les alimenta como a sus hijos (Bird-David 1990). Comparada con el sistema capitalista de mercado (Gowdy 1999), la vida de los cazadores puede llegar incluso a representar para algunos un modelo de alternativa política de futuro (Zerzan 2001).

Mi última objeción, hecha desde la misma posición teórica que la anterior, va contra la propia generalidad del modelo. Aunque nadie duda que siempre han existido tendencias generales de cambio, comunes a la historia de muchas sociedades, hoy puede parecer excesivo pretender explicar una realidad tan inmensamente variada mediante el recurso a un modelo único. Si bien original y atrayente, el esquema mental de metonimia-metáfora, junto con sus correlatos sociales y económicos, presenta el aspecto de las “grandes narrativas” de la modernidad, cuya crítica hizo famosamente F. Lyotard en su especie de biblia del postmodernismo. Aunque hasta cierto punto culturalista, como vimos al principio, la explicación de A. Hernando no tiene en cuenta en forma suficiente las culturas, ni la propuesta lanzada por C. Geertz, de que la mayoría de nuestras definiciones generales no tienen sentido; que, por ejemplo, no existe eso que llamamos “religión”, sino que, entre otras muchas prácticas, se trata de “la creencia en el karma, de observar un mes de ayuno, [o] de la práctica del sacrificio del ganado vacuno” (Geertz 1987: 57), y que “lisa y llanamente ...no existe una naturaleza humana independiente de la cultura” (Ibid.: 55). No obstante, la autora puede responder a esta crítica de forma parecida a cómo hizo F. Criado ante otra similar contra su interpretación ampliada de los modelos de Levi-Strauss, diciendo que son “recursos para pensar sobre ellos, más que entidades naturales o empíricas” (Criado 2000: 300). Nada más, pero tampoco nada menos, que “alimento para la mente de los arqueólogos”, como también admitieron N. David y C. Kramer

(2000) para todo el conjunto de la etnoarqueología, tal vez preparándose para una evaluación parecida.

Pero los comentarios anteriores no deben hacer olvidar el hecho de que nos encontramos ante una obra de gran altura teórica, en mi opinión una de las más importantes publicadas durante los últimos años entre nosotros. Si tenemos en cuenta la habitual pobreza y superficialidad teórica de la mayoría de las obras arqueológicas españolas, se comprenderá bien la alegría que me ha producido enfrentarme a este libro, y el desafío que ha supuesto para mí el aspirar a criticarlo.

Y termino con una breve mención a los paradigmas. La descripción crítica que A. Hernando hace al comienzo del libro del postmodernismo y la arqueología post-procesual es en mi opinión incorrecta, pero no tanto por su seguramente

involuntario reduccionismo (el “triumfo de la subjetividad frente al dominio de la razón universal”, p. 30), sino porque ese paradigma, como todos, sólo es evaluable racionalmente desde sí mismo, desde los propios datos que genera. Así es que cualquiera podría decir lo mismo de esta reseña, aunque tal vez ella presente la ventaja de realizar la crítica simétrica desde una condición posterior (de ahí el post). Las cosas siempre se ven mejor el día después.

Víctor M. Fernández Martínez

Departamento de Prehistoria. UCM.

BIBLIOGRAFÍA

- BIRD-DAVID, N. (1990): The giving environment: another perspective on the economic systems of gatherers-hunters. *Current Anthropology*, 31: 189-196.
- CAMPILLO, A. (2001): *Variaciones de la vida humana. Una teoría de la historia*. Akal, Madrid.
- CARTWRIGHT, J. (2000): *Evolution and Human Behaviour*. Palgrave, Houndmills.
- CHOMSKY, N. (1980): *El lenguaje y el entendimiento*. Seix Barral, Barcelona.
- CHOMSKY, N. (1984): *Lingüística cartesiana*. Gredos, Madrid.
- CHURCHLAND, P.S. (1986): *Neurophilosophy: Toward a Unified Science of the Mind/Brain*. MIT Press, Cambridge-Mass.
- CRiado BOADO, F. (2000): Walking about Lévi-Strauss. Contributions to an Archaeology of Thought. *Philosophy and Archaeological Practice. Perspectives for the 21st Century* (C. Holtorf y H. Karlsson, eds.), Bricoleur Press, Göteborg: 277-303.
- DAVID, N.; KRAMER, C. (2001): *Ethnoarchaeology in Action*. Cambridge University Press, Cambridge.
- FERNANDEZ, J.W. (1986): *Persuasions and Performances*. Indiana University Press, Bloomington.
- FERNANDEZ, J.W. (ed.) (1991): *Beyond Metaphor: The Theory of Tropes in Anthropology*. Stanford University Press, Stanford.
- GEERTZ, C. (1987 [1967]): El impacto del concepto de cultura en el concepto de hombre. *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona: 43-59.
- GOWDY, J. (1999): Hunter-gatherers and the mythology of the market. *The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers* (R.B. Lee y R. Daly, eds.), Cambridge University Press, Cambridge: 391-398.
- INGOLD, T. (1993): From trust to domination: an alternative history of human-animal relations. *Animals and Human Society: Changing Perspectives* (A. Manning y I. Serpell, eds.), Routledge, Londres (reimpreso en Ingold, T. 2000, *The Perception of the Environment. Essays in Livelihood, Dwelling and Skill*, Routledge, Londres: 61-76).
- JONES, S. (1997): *The Archaeology of Ethnicity. Constructing identities in the past and present*. Routledge, Londres.
- LAKOFF, G.; JOHNSON, M. (1986): *Metáforas de la vida cotidiana*. Cátedra, Madrid.
- LAKOFF, G.; JOHNSON, M. (1999): *Philosophy in the Flesh. The Embodied Mind and its Challenge to Western Thought*. Basic Books, Nueva York.
- MITHEN, S.J. (1998): *Arqueología de la mente: orígenes del arte, de la religión y de la ciencia*. Crítica, Barcelona.
- SAHLINS, M. (1977): *Economía de la Edad de Piedra*. Akal, Madrid.
- TILLEY, C. (1999): *Metaphor and Material Culture*. Blackwell, Oxford.
- ZERZAN, J. (2001): *El futuro primitivo y otros ensayos*. Numa, Valencia.

Nicholas David y Carol Kramer (2001): *Ethnoarchaeology in Action*. Cambridge World Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge. ISBN 0-521-66779-8. Pp. 476.

Pese a sus cerca de 40 años de historia y pese a todo lo que ha aportado a la renovación teórica y metodológica de la arqueología, la etnoarqueología sigue teniendo un estatus poco sólido dentro de la disciplina. Esto es debido, entre otras cosas, a la escasez de profesionales que se dediquen a ella a tiempo completo y a la ausencia de un reconocimiento académico sustancial. De hecho, no existe ninguna cátedra o departamento de etnoarqueología en el mundo. Dentro de esta situación es necesario distinguir casos: en Europa no tiene, desde luego, la fuerza que posee desde siempre en Norteamérica, lugar de procedencia del mayor número de investigadores, entre ellos algunos como Binford o Longacre a quienes se puede considerar entre los padres fundadores. Dentro de Europa algunos países destacan más que otros: si Gran Bretaña poseyó considerable ímpetu durante los ochenta con los trabajos de Ian Hodder (1982a, b) y algunos de sus seguidores, hoy no mantiene el mismo interés por el estudio arqueológico de las sociedades actuales, en buena medida por la propia crítica implícita en trabajos como los citados. No obstante, en un manual clásico -y procesual- como el de Renfrew y Bahn (1993) se menciona la etnoarqueología como uno de los desarrollos más interesantes de la arqueología reciente. Frente al declive del Reino Unido, los países francófonos parecen mostrar cierta vitalidad: se puede hablar incluso de dos escuelas diferentes, una más positivista y tradicional (encabezada por Alan Gallay, p. ej. 1991) y otra cercana al estructuralismo, que ha influido a la escuela anglosajona (Lemonnier 1992). En el resto del continente la presencia de la etnoarqueología se puede considerar virtualmente nula.

Es lógico, por tanto, que el primer manual que sale a la luz en la historia de la etnoarqueología sea obra de dos norteamericanos, un canadiense (N. David) y una estadounidense (C. Kramer). Llama más la atención que la editorial sea británica y no estadounidense, dado el ritmo de publicaciones que sobre esta materia mantienen las universidades americanas. La colección *World Archaeology* de Cambridge University Press, no obstante, se viene caracterizando por la publicación en los últimos años de manuales sobre los más variados temas y lugares (Corea, Sudamérica, Sudeste de Asia), en general de gran calidad y no raramente firmados por estadounidenses. Dentro de este marco multicultural, la etnoarqueología encaja perfectamente. Por otro lado, el hecho de que se publique en esta serie y no en la de manuales de disciplinas auxiliares de la arqueología (donde han aparecido obras sobre medio ambiente, malacología o métodos de excavación) ¿indica quizá una identidad superior de esta disciplina que el de mera sirvienta de la arqueología?

Tanto Carol Kramer como Nicolas David poseen una larga experiencia como etnoarqueólogos y algunos de sus trabajos se cuentan entre los hitos más influyentes de la disciplina. Pensamos especialmente en Kramer y su trabajo en Irán y la India, además de su síntesis sobre estudios de cerámica, que continúa siendo un punto básico de referencia actualmente (en buena medida actualizado por Arnold 2000). David ha trabajado desde fines de los sesenta en el oeste de África y si bien no ha producido síntesis como las de Kramer, cuenta como punto a su favor el haber estudiado prácticamente todos los campos de etnoarqueología: cerámica, metalurgia, asentamientos, arquitectura doméstica, prácticas

funerarias, etc., etc. Por otro lado, llama la atención su flexibilidad teórica que le ha llevado desde posiciones nomotéticas, como las que defendía en los años 60 y 70, a una aproximación a la cultura próxima a la de los post-procesuales o "antinaturalistas" como se los denomina en el texto. Kramer, por el contrario, se ha mantenido coherente dentro de una línea procesual ("naturalista"). Ambas carreras se explican en su contexto: David tiene una formación británica (se doctoró en Cambridge) y actualmente imparte clases en Calgary, Canadá. Kramer ha hecho carrera en Estados Unidos, donde se ha formado enteramente. El peso de la línea procesual en EE.UU. y los importantes desarrollos a que ha dado lugar (y sigue dando) explican la diferencia de trayectorias intelectuales. Precisamente en esta diferencia radica uno de los puntos de interés del libro, algo que lo hace diferente a otras obras análogas. Por lo general, cuando dos o más autores firman un manual suelen compartir tendencia teórica. No creo que existan muchos casos de manuales escritos a medias por un procesual y un post-procesual (aún cuando sea un post-procesual algo *light* y una procesual flexible) y que además confiesen sus simpatías hacia las tendencias respectivas en el propio prefacio de la obra. Así, la visión de la etnoarqueología que se nos ofrece resulta menos tendenciosa de lo habitual: las críticas se realizan tanto a unos como a otros con una ecuanimidad casi salomónica. De todas formas, este aspecto positivo acaba resultando, hasta cierto punto, también un punto débil del libro. En un capítulo tras otro encontramos la misma estructura: ejemplo procesual, ejemplo post-procesual, crítica post-procesual, crítica procesual. Las críticas suelen incidir siempre en los mismos aspectos: la escasa consideración del contexto y los factores culturales y cognitivos por lo que se refiere al trabajo de los "nuevos arqueólogos" y la poca rigurosidad del método y la imposibilidad de contrastación de datos en lo que atañe a los post-procesuales.

El libro se encuentra estructurado en 14 capítulos. Los tres primeros son de tipo teórico y conceptual y hacen referencia a la definición de la disciplina, sus objetivos, su método, su evolución, las aproximaciones teóricas y la ética del investigador. Se dedica especial atención, quizá demasiada, al concepto de analogía, polémico fundamento de la etnoarqueología. El siguiente capítulo (4) trata sobre la formación del registro arqueológico. Su posición al principio está justificada: se trata de uno de los primeros campos de estudio de la etnoarqueología y uno de los que más trabajos ha generado. Además, como bien señalan los autores, el estudio de los procesos de formación del registro es privativo de la investigación etnoarqueológica. Las disquisiciones sobre la *Middle Range Theory*, sin embargo, habrían quedado mejor en el capítulo sobre la analogía. Los siguientes nueve capítulos siguen la estructura tradicional esperable en un trabajo de estas características, es decir el análisis de las distintas facetas de la actividad humana: Fauna y subsistencia (5); artefactos: función, secuencias técnicas y taxonomía (6); estilo y fronteras (7); asentamientos (8); estructuras y actividades (9); arquitectura (10); producción especializada y aprendizaje (11); comercio e intercambio (12); prácticas funerarias, estatus e ideología (13). Es evidente que cada investigador estructuraría el libro de una manera diferente. Sin embargo, existen algunos puntos que creo susceptibles de crítica: en primer lu-

gar, llama poderosamente la atención que se separe el análisis de la tecnología en dos capítulos diferentes que ni siquiera son sucesivos (6 y 11); el enfoque del capítulo 7 podría haber sido un análisis más completo sobre la identidad en general y sus correlatos materiales: se echa de menos algo más de detenimiento en el tratamiento del concepto de etnicidad, que queda desvaído en medio de la discusión sobre el estilo, y sobre el género y la edad, cuestiones relacionadas con la construcción de la identidad en un grupo. La separación de la arquitectura (10) del estudio de la relación estructuras/actividades (9) tampoco parece especialmente necesaria: no se debería desligar el contenido del contenido, dada la estrecha relación entre ambos. Por último, el incluir en un mismo apartado mundo funerario e ideología resulta un poco reduccionista en ambos sentidos. Habría que hablar además de los capítulos que deberían estar y no están: pienso especialmente en uno sobre el género (si es que no se trata al hablar de la identidad), dada la abundancia de trabajos sobre el tema y su relevancia en el panorama arqueológico actual, y quizá otro sobre el uso arqueológico de las fuentes etnográficas (en relación a la organización sociopolítica).

Respecto a los primeros capítulos, es digna de elogio la parte dedicada a la definición de la disciplina. Llama positivamente la atención la cantidad de propuestas sobre la delimitación de la etnoarqueología que han recogido los autores, incluidos investigadores ajenos a las tradiciones nacionales dominantes (se cita a un autor español: Fernández Martínez 1994). No sólo se mencionan las diversas definiciones, sino que son objeto de crítica detallada. En mi opinión, en el intento de liberar a la etnoarqueología de asociaciones de dudosa licitud (como la arqueología experimental), se cometen ciertos excesos de rigidez: creo que los trabajos de los *material culturists* anglosajones y de algunos antropólogos de las técnicas se hallan lo suficientemente próximos a la etnoarqueología como para que se incluyan dentro de los trabajos etiquetables con este nombre. De hecho, si se mide por su aportación a la reflexión arqueológica, análisis antropológicos contemporáneos como los de Rathje (p.ej. 1985) o Miller (p.ej. 1987) merecerían con más justicia ser considerados etnoarqueológicos que otros que se autocalifican como tales (aunque con éstos los autores también se muestran críticos). Los autores se detienen también en el apartado de la ética, dentro del capítulo dedicado al trabajo de campo (3). Se trata de una cuestión ineludible en cualquier tipo de actividad científica, pero más cuando se trabaja con sociedades vivas. Cuando estas sociedades pertenecen, como suele ser norma en la etnoarqueología, a países del Tercer Mundo, gobernados por regímenes dictatoriales o donde los conflictos étnicos y sociales menudean, los principios deontológicos poseen, si cabe, mayor relevancia. Junto a cuestiones de tipo ético, se analizan de forma concisa pero suficiente diversos aspectos sobre las técnicas de trabajo: cuestionarios, observación, registro de datos, traducción, muestreo, informantes, etc.

El capítulo 4 se denomina *Residuos humanos: la entrada en el registro arqueológico*. El título me parece acertado pues la más habitual "formación del registro arqueológico" tiene un aspecto físico-natural que la hace más propia de geólogos que de arqueólogos. De hecho, el estudio de los residuos humanos implica bastante más que comprender cómo se forman los yacimientos, si tenemos en cuenta que el abandono de artefactos o poblados nunca carece de significado cultural. Se pasa aquí revista a los trabajos pioneros y paradigmáticos de M.B. Schiffer, autor a quien debemos la intro-

ducción de una serie de términos de gran utilidad para caracterizar el ciclo de vida de la cultura material (reciclaje, uso secundario, desecho *de facto*, etc.). Pese a que ha sido un terreno de estudio fundamentalmente procesual, se analiza también al estudio de Hodder sobre el desecho entre los Ilchamus, que es sometido a una crítica certera y ajustada (no menos que la que se realiza al clásico trabajo de Hayden y Cannon sobre las Tierras Altas Mayas). En mi opinión, el espacio dedicado al abandono de asentamientos, que no llega a tres páginas, resulta insuficiente en relación a la bibliografía que se ha producido en torno al tema (cf. Cameron y Tomka 1993).

El título del capítulo 5 puede resultar extraño: "fauna y subsistencia". La individualización de la fauna tiene una explicación lógica: un número muy importante de trabajos etnoarqueológicos, claves además en generar polémica arqueológica, se han dedicado al análisis de la fauna. Especial atención se presta a la investigación pionera de Binford entre los Nunamiut. Trabajos más recientes como los de O'Connell, Lupo, Gifford-González, etc. se resumen brevemente, sin que los autores se introduzcan en profundidad en las actuales discusiones sobre tafonomía de los primeros homínidos, que suponen un campo complejo y demasiado específico para que se trate en extensión (cf. Domínguez Rodrigo 2002). Sin embargo, no deja de resultar extraño que a toda la investigación de restos esqueléticos post-Binford se le dedique tanto espacio como a un ejemplo concreto sobre la pesca de anguilas entre los Maories. Las actividades de subsistencia de agricultores y pastores no se profundizan tampoco. Y si los estudios específicamente etnoarqueológicos dedicados a las labores agrícolas no son especialmente abundantes, el reducido tratamiento que se da a los pastores tiene menos justificación, dada la abundante bibliografía que se ha generado en la última década, especialmente en torno al Mediterráneo (cf. Creighton y Seguí 1998). Dentro del conjunto, es probablemente este capítulo el menos orgánico y desarrollado (en buena medida por la propia tradición investigadora), aunque, como en todos los apartados, las indicaciones bibliográficas que se ofrecen son valiosas.

El capítulo 6 trata de tecnología: "Estudiar artefactos: funciones, secuencias operativas, taxonomía". Probablemente sea el campo de estudio que más análisis etnoarqueológicos y similares ha generado, dada su importancia tanto para afrontar los dilemas del registro arqueológico como por su importancia cultural en las comunidades preindustriales. En realidad, este capítulo y el siguiente, dedicado al estilo en la cultura material, se encuentran íntimamente relacionados. La aproximación de los autores, de acuerdo con las tendencias actuales, es claramente afín a la "escuela de la cadena operatoria" tal y como la practican y defienden Lemonnier, Gosselain y Herbich y Dietler, entre otros. Tras una exposición teórica en la que se echa de menos a Tim Ingold, se estudian la identificación de los artefactos, las técnicas de manufactura y la taxonomía. Dentro de las segundas se detienen en la cerámica y los materiales líticos, dejando en cambio de lado la metalurgia, que se trata en el capítulo 11. El capítulo de la taxonomía resulta especialmente interesante para los arqueólogos dado que se analiza el valor de las tipologías (emic/etic) a través de diversos ejemplos. Por último, se dedica un apartado merecidamente detallado al influyente estudio de Daniel Miller sobre la cerámica de una comunidad india.

El capítulo 7 se centra, como decíamos en la cuestión del estilo, que se analiza prolijamente a través de algunos de

los principales representantes de esta investigación: Wobst, Sackett, Wiessner, Hodder, Graves y Lemonnier. Las críticas, una vez más, son ecuanímes e interesantes. Sorprenden positivamente las observaciones a Lemonnier, muchas veces citado y, hasta donde conozco, nunca criticado. Por último, se cierra el capítulo con la cuestión de los “depósitos simbólicos” (*symbolic reservoirs*), concepto definido por R. McIntosh en 1987 y que ha sido utilizado y desarrollado por David y su equipo en Camerún. Aunque no ha tenido demasiada difusión se trata de una teoría que puede arrojar mucha luz sobre la relación entre cultura material y grupos sociales o étnicos. Probablemente haya sido el lugar de divulgación de la teoría (en el marco de la arqueología africana) lo que haya limitado su influencia. Es posible que su tratamiento en un libro de estas características le permita recibir la atención que merece.

Los capítulos 8, 9 y 10 tienen todos que ver con el estudio del espacio: asentamientos, estructuras y actividades dentro de las estructuras. El primero de los capítulos analiza el tipo de poblados que caracterizan a los cazadores-recolectores, a los pastores y a los agricultores. El siguiente hace lo propio con las estructuras y las actividades, prestando especial atención a los cazadores-recolectores; por último, se analiza la relación entre género y espacio (este es el único apartado dedicado específicamente a la cuestión del género en todo el libro). Se recurre a los trabajos clásicos de Binford entre los Nunamiut y Horne y Kramer en Irán entre otros. Sorprende en cambio que en el capítulo 10 se dedique tanto espacio al estudio sobre Willow Lake Camp, de R. y P. Janes, cuya relevancia es bastante menor que el de los trabajos mencionados. Nuevamente se analizan los estudios de Horne y Kramer, y se pasa con celeridad por los de Donley-Reid, porque no son quizá estrictamente (o solamente) etnoarqueológicos, aunque resultan, en nuestra opinión, bastante más reveladores que los de los Janes. Por último se toma en consideración el trabajo de Smith y David sobre la casa del jefe de Sukur en Camerún (un ejemplo tampoco estricta y exclusivamente etnoarqueológico, por cierto). Alguna referencia a los trabajos clásicos de Amos Rapoport (p.ej. 1969), que han tenido cierto peso en la arqueología, no habría estado fuera de lugar.

El capítulo 11 aborda la tecnología especializada, lo que implica un desdoblamiento en el estudio de la cerámica. Se analizan también aquí los procesos de aprendizaje, cuestión vinculada a la infancia y que está recibiendo especial atención últimamente (Kamp 2000). Al trabajo del hierro se dedica un amplio apartado, centrado fundamentalmente en África, que es donde más se ha estudiado la metalurgia pre-industrial. Se echa de menos un análisis más detallado de la complicada simbología vinculada a esta labor en el área subsahariana, frente a las detenidas descripciones de procesos de elaboración. Hay que señalar, por último, que un estudio reciente de los Haaland (2000) invalida el aserto de que no existe ninguna documentación etnoarqueológica seria de proceso de fundido del hierro que no sea un *revival*.

El capítulo 12 trata sobre comercio e intercambio: su brevedad se explica por la escasez de trabajos disponibles, aunque se podría haber hecho más uso de investigaciones no específicas que, no obstante, abordan las redes de distribución de productos, como sucede con la mayor parte de las investigaciones en etnoarqueología de la cerámica o en los estudios de material lítico (en Nueva Guinea y Australia, por ejemplo). Tampoco se refleja aquí la importancia que la re-

flexión etnográfica sobre el intercambio ha tenido en la teoría arqueológica, especialmente durante los años 70 y 80.

El capítulo 13 recoge cuestiones relacionadas con el mundo funerario, la ideología, el estatus y los sistemas de pensamiento. Esta mezcla es típicamente procesual: ¿acaso en la tecnología alfarera no hay ideología? ¿no se advierte el estatus en el espacio y la arquitectura doméstica? ¿la simbología que rodea la metalurgia no refleja y a la vez estructura sistemas de pensamiento? En realidad, en todos los capítulos anteriores se ha tratado de ideología, poder y mentalidad. El capítulo se centra fundamentalmente en el fenómeno funerario, pero también se refieren otros trabajos centrados en los aspectos más simbólicos de la cultura material.

Las conclusiones (cap. 14) inciden en el carácter y el futuro de la etnoarqueología. En este apartado hay que señalar que la crítica de Gosden (1999) sobre la inmoralidad fundamental de la etnoarqueología no acaba de ser bien respondida. Que Kramer o David realicen un trabajo honesto y post-colonial entre los pueblos que estudian, no significa que todos los etnoarqueólogos, y pienso en los partidarios de la sociobiología y los procesuales a ultranza, lo realicen también. Los trabajos de Longacre y Skibo, a los que se ataca duramente en este libro, y especialmente los del equipo de O'Connell merecen con toda justicia las diatribas de Gosden (1999: 9), quien afirma que no tenemos justificación moral para usar el presente de una sociedad sólo para interpretar el pasado de otra. Estoy totalmente de acuerdo con David y Kramer cuando dicen que el estudio de los Hadza se puede beneficiar del conocimiento del neolítico en China, pero lo cierto es que, por ahora, es más bien el paleolítico europeo el que se ha beneficiado de los Alyawara, los Ngatjara o los Nunamiut. El ideal, que se encarna bien en los autores del libro, es el de una etnoarqueología no dependiente de ningún proyecto arqueológico concreto, sino interesada en conocer mejor al Otro en la actualidad por métodos arqueológicos y en realizar contribuciones de orden teórico y metodológico a la arqueología en general (es decir, al estudio del Otro en el pasado).

El libro incluye una amplia bibliografía de casi 900 títulos, donde pese a la preponderancia de la literatura anglosajona (algo, por otra parte, totalmente lógico y justo) existen referencias a obras de autores francófonos (Francia, Bélgica y Suiza) y en menor medida alemanes y latinoamericanos (éstos últimos a través de sus publicaciones en inglés). Al final de cada capítulo se incluye un apartado en el que se indican algunas lecturas de interés que no han sido tratadas en el texto (*further reading*). Además, Nicolas David es autor de la mayor recopilación bibliográfica existente sobre etnoarqueología, que se encuentra disponible en Internet (*Key bibliography of ethnoarchaeology and related topics* <http://www.acs.ucalgary.ca/~ndavid>) y se actualiza con frecuencia.

Se advierte en el libro cierto pesimismo respecto a las posibilidades de la etnoarqueología y el uso real que de ella hacen los arqueólogos. Parece que se siente un complejo de inferioridad en relación a la madre arqueología, de la que no se acaba de recibir el reconocimiento deseado, y a la vez se notan las supuestas limitaciones de la disciplina frente a otro tipo de estudios, como los arqueométricos o experimentales que parecen ofrecer resultados más “útiles” y aplicables. El recurso a la arqueometría es cada vez más frecuente entre los etnoarqueólogos estadounidenses, como demuestra el equipo de Longacre (Longacre *et al.* 2000), pero en cualquier caso, la etnoarqueología *per se* puede permitir aproximaciones

culturales fuera del alcance de las ciencias experimentales aplicadas. Los antropólogos no necesitan de la química para construir interpretaciones del mayor interés sobre las sociedades preindustriales. Quizá habría que recordar, con Hodder (1982a, 1994), que la etnoarqueología debería volver más la mirada hacia la etnología y no tener tanto en cuenta la arqueología. No obstante, los propios autores señalan que el auténtico interés de la etnoarqueología radica en su posibilidad de ofrecer *food for archaeological imagination*, “alimento para la imaginación arqueológica”, más que datos directamente comparables con el registro arqueológico (como los que ofrece la arqueología experimental y la arqueometría).

Desde un punto de vista formal, se podría criticar el reducido número de figuras verdaderamente ilustrativas de la investigación (planos, mapas, dibujo de materiales, gráficos) frente a la abundancia de fotografías de etnoarqueólogos *in action* -parafraseando el título del libro- que son más propias de una obra de carácter historiográfico. Hay que reconocer, no obstante, que de las actitudes y atuendos de los investigadores se podrían extraer conclusiones interesantes respecto a su trabajo científico.

Independientemente de las discrepancias señaladas, es necesario decir que es mucho más lo elogiabile que lo criti-

cable. Se trata de una obra de primer orden que sólo investigadores con los profundos conocimientos y larga experiencia de David y Kramer podrían haber hecho. Se puede asegurar que pronto se convertirá en un clásico y que supone ya un punto de referencia ineludible para arqueólogos, antropólogos, etnógrafos y prehistoriadores (y habría que añadir arqueólogos experimentales y etnohistoriadores). La ecuanimidad en el juicio y la capacidad crítica de los autores dotan de especial valor a una obra ya de por sí magnífica. Para el público no anglosajón puede ser una forma de acercarse a un mundo desconocido pero de obligado conocimiento, sin necesidad de perderse en el considerable volumen bibliográfico que ya existe sobre la materia. Por todo ello, sería muy recomendable su traducción al castellano, como forma de acercarlo a los lectores no sólo de España sino de Latinoamérica, donde la etnoarqueología está comenzando a ofrecer frutos interesantes.

Alfredo González Ruibal

Departamento de Prehistoria. UCM.

BIBLIOGRAFÍA

- ARNOLD, Ph.J., III (2000): Working without a net: Recent trends in ceramic ethnoarchaeology. *Journal of Archaeological Research*, 8(2): 105-133.
- CAMERON, C.M.; TOMKA, S.A. (Eds.) (1993): *Abandonment of settlements and regions: ethnoarchaeological and archaeological approaches*. Cambridge University Press.
- CREIGHTON, O.H.; SEGUI, J.R. (1998): The ethnoarchaeology of abandonment and post-abandonment behavior in pastoral sites: evidence from Famorca, Alacant province, Spain. *Journal of Mediterranean Archaeology*, 11(1): 31-52.
- DOMÍNGUEZ RODRIGO, M. (2002): Hunting and scavenging by early humans: The state of the debate. *Journal of World Prehistory*, 16(1): 1-54.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. (1994): Etnoarqueología: una guía de métodos y aplicaciones. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 39: 137-169.
- GALLAY, A. (1991): L'ethnoarchéologie, science de référence de l'archéologie. Justifications, problèmes, limites. *Itinéraires Ethnoarchéologiques* 1, Documents du Département d'Anthropologie et d'Écologie de l'Université de Geneve 22, Ginebra: 15-29.
- GOSDEN, CH. (1999): *Anthropology and archaeology. A changing relationship*. Routledge, Londres y Nueva York.
- HAALAND, R.; HAALAND, G. (2000): Ethnoarchaeological research on iron smelting in southwest Ethiopia. *Nyame Akuma*, 54: 6-12.
- HODDER, I. (1982a): The present past. *The Present Past. An Introduction to Anthropology for Archaeologists*. Batsford, Londres.
- HODDER, I. (1982b): *Symbols in Action: Ethnoarchaeological Studies of Material Culture*. Cambridge University Press.
- HODDER, I. (1994): *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Crítica, Barcelona.
- KAMP, K.A. (2001): Where have all the children gone?: The archaeology of childhood. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 8(1): 1-34.
- LEMONNIER, P. (1992): *Elements for an anthropology of technology*. Ann Arbor, University of Michigan Press.
- LONGACRE, W.A.; XIA, J.; YANG, T. (2000): I want to buy a black pot. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 7(4): 273-293.
- MILLER, D. (1987): *Material culture and mass consumption*. Blackwell, Oxford.
- RAPOPORT, A. (1969): *House form and culture*. Prentice Hall, Englewood Cliffs, New Jersey.
- RAHTJE, W. (1985): The Garbage Project. *Anthropology: contemporary perspectives* (D. Hunter y P. Whitten, eds.), Little, Brown and Co., Toronto: 71-78.
- RENFREW, C.; BAHN, P. (1993): *Archaeology. Methods and Theory*. Thames and Hudson, Londres.

Juan Antonio Gómez Barrera (2001): *Ensayos sobre el significado y la interpretación de las Pinturas Rupestres de Valonsadero. En el 50º Aniversario de su descubrimiento.* Excma. Diputación Provincial de Soria, Soria. 295 págs.; 81 figs.

Juan Antonio Gómez Barrera (2001): *Pinturas Rupestres de Valonsadero y su entorno. Caja Rural de Soria, Soria. 255 págs.; 142 dibujos; 186 fotos; 2 desplegables, 2 mapas y 4 esquemas.*

Gómez Barrera, dedicado al estudio del espléndido conjunto de arte esquemático de Valonsadero, desde su primera publicación en 1980, ha querido resaltar la celebración del 50 aniversario del descubrimiento de estos abrigos pintados, al mismo tiempo que rendir homenaje a su descubridor D. Teógenes Ortego Frías, con dos publicaciones, en las que han colaborado la Excma. Diputación y la Caja Rural de Soria.

La aportación más significativa de estos dos libros es la visión de conjunto que proporcionan de la investigación desarrollada a lo largo de estos 50 años. En ella destaca la minuciosa y exhaustiva documentación de calcos, fotografías y descripciones de los 41 abrigos, realizada por Gómez Barrera, así como su preocupación por incorporar a sus trabajos aquellas innovaciones que se han ido produciendo en el campo de la investigación del arte rupestre, y su celo por la conservación y difusión, como componentes básicos de este patrimonio artístico (Herráez 1997).

La investigación del arte esquemático, distanciada y a remolque de los planteamientos del Arte Paleolítico, ha estado condicionada por un enfoque exclusivamente descriptivo y tipológico (Acosta 1968); pero en los últimos años se ha acusado un cambio en la manera de abordar esta manifestación artística, tanto en lo referente al estudio interno de sus representaciones como en el análisis de su entorno geográfico (Martínez García 1998). Esta renovación de enfoques y metodología viene de la mano de la Arqueología del Paisaje, a cuya difusión en la investigación española han contribuido los trabajos desarrollados por el Grupo de la Universidad de Santiago, en colaboración con R. Bradley, al tratar de contextualizar y explicar los numerosos petroglifos distribuidos por el paisaje gallego (Criado 1993; Bradley *et alii* 1994; Bradley, 1997).

La investigación del Arte Esquemático se ha centrado más en el estudio interno de las representaciones, poniendo su atención en la descripción de los paneles, las tipologías de las figuras y su marco cronológico (Martínez García 1998; Chapa 2000). De esta manera, se vio poco motivada por las nuevas propuestas teóricas, como la estructuralista (Leroi Gourham 1971), que desarrollada en el ámbito Paleolítico, contemplaba la dimensión espacial, aunque circunscrita a la topografía de la cueva, siendo algo más sensible a la relación de los temas representados y a la delimitación de paneles (Chapa 2000).

Tampoco tuvo mucho impacto el enfoque espacial de la Nueva Arqueología, a pesar de su aplicación en los estudios de poblamiento, abordando de forma interrelacionada simbolismo, estructura social y entorno; lo que unido a la influencia de la Antropología aportó una nueva perspectiva para el arte, destacando su papel como elemento de cohesión e identidad de los grupos humanos o sus relaciones ritualizadas con otros grupos (Chapa 2000). No obstante, hay que destacar la incidencia de los estudios espaciales sobre megalitismo, dada su vinculación con este estilo artístico (Balbín y Bueno 1992).

Esta carencia en la renovación teórica se ha plasmado en un escaso interés en la localización espacial de los abrigos, explicando su asumida distribución “irregular” por las características geológicas de las formaciones rocosas que les sirven de soporte; prestando atención, sólo en ocasiones, al dominio visual de determinados abrigos o a su relación con caminos y vías de comunicación (Martínez García 1998: 546). Todo ello ha impedido la lectura del Arte Esquemático desde una perspectiva múltiple, en interacción con el resto de los aspectos culturales, que dejan su huella sobre el paisaje.

El primero de los libros, *Ensayos sobre el significado y la interpretación de las Pinturas Rupestres de Valonsadero*, está constituido por una serie de artículos, bajo la denominación de “ensayos”, a través de los cuales el autor recoge una serie de reflexiones sobre el tema; pero su presentación (ordenación, numeración de capítulos, numeración de aparato gráfico y conclusiones) está organizada como si de un libro único se tratara.

Los cinco primeros artículos, aunque revisados y actualizados, ya han sido publicados por el autor en diferentes libros y revistas. Se ordenan en capítulos de la siguiente manera: I.- “Medio siglo de investigación e interpretación del Arte Rupestre de Valonsadero”; II.- “Pintura rupestre esquemática en Soria, significado e interpretación”; III.- El río Pedrajas. Un pequeño e ignorado curso fluvial con importantes muestras de arte rupestre prehistórico en su vega”; IV.- “El grupo III de “La Peña de Los Plantíos” o la transposición a la pintura esquemática de los motivos-estela”; V.- Aproximación a la interpretación gráfica y espacial de las pinturas rupestres esquemáticas del Covacho del Morro”. A su vez, el autor con el interés de cubrir espacios interpretativos, no suficientemente tratados, ha completado estas reflexiones con tres aportaciones nuevas, los capítulos VI.- “Las pinturas de Valonsadero: mito y realidad en el festivo solsticio del verano soriano” y VII.- “Las pinturas esquemáticas de Valonsadero desde la Arqueología del paisaje”. El capítulo VIII corresponde a las “Consideraciones y conclusiones a 50 años de investigación e interpretación de las pinturas rupestres de Valonsadero”. Se incluye una especie de anexo o capítulo IX.- con la “Relación y breve identificación de los yacimientos citados en el texto” y finalmente, la Bibliografía.

La configuración de este libro a base de artículos diferenciados, aunque permite apreciar mejor los pasos seguidos por el autor en su investigación, conlleva repeticiones de datos en diferentes apartados. A su vez, el eclecticismo expresado por Gómez Barrera, le lleva a exponer o hacer alusión reiteradamente a las diferentes interpretaciones manejadas, desde el esquema de Breuil-Acosta, pasando por Ortego, Camon Aznar, el método iconológico de Panofsky, y el ensayo de interpretación simbólico-cultural de Grande del Brío. Es probable que las repeticiones y reiteraciones de datos y planteamientos hubieran podido evitarse, si a partir de los contenidos de los diferentes artículos se hubiera abordado este libro de forma unitaria.

Hay que resaltar el capítulo siete, donde el autor aborda el estudio de este conjunto pictórico desde la Arqueología del Paisaje, utilizando como referencia los trabajos generados en torno a los petroglifos gallegos, pero siguiendo como modelo el artículo de Martínez García (1998), sobre el análisis en el paisaje de la pintura rupestre en el sudeste peninsular, publicado en la quinta Reunión de Arqueología Espacial, dedicada a la Arqueología del Paisaje (Burillo 1998), que ha proporcionado un marco de referencia a este tipo de estudios.

Con este nuevo enfoque deja de ser aleatoria la ubicación específica de los abrigos pintados (vinculada anteriormente a la orientación norte de los abrigos, marcada por la formación geológica de las areniscas), adaptándose “a unas normas preestablecidas, relacionadas con la topografía y modelado del relieve, la potencialidad económica del entorno, el aprovechamiento de sus recursos y, por qué no, con una distribución social intencionada del paisaje”.

La serie de preguntas que se hace Gómez Barrera en este libro son buen exponente del enfoque y planteamiento con los que aborda el estudio del arte esquemático: “¿Se puede concluir en el estado actual de investigación, algo concreto sobre interpretación y significado de la pintura rupestre esquemática? ¿Sirven las viejas ideas religiosas y funerarias como explicación última del esquematismo? ¿Acaso el determinismo geográfico y tipológico de Acosta es suficiente para desecharlas y avalar la teoría ideográfica? Y, por último, ¿tenemos la información suficiente para dejar de aumentar el *corpus esquemático* y adentrarnos en estudios interpretativos? Es evidente que ninguna de estas preguntas tiene respuesta adecuada”.

En el segundo libro, *Pinturas Rupestres de Valonsadero y su entorno*, la información que contiene va enfocada básicamente a la divulgación de este conjunto artístico, con un contenido básico que se centra en el espacio de las representaciones pictóricas; la historia de la investigación; las características generales de los abrigos, de la temática y la técnica de las pinturas; significado e interpretación del esquematismo soriano; valoración cronológico-cultural y aproximación al contexto arqueológico y espacial de la pintura rupestre esquemática soriana; recorrido por los abrigos pintados de Valonsadero, Pedrajas, Oteruelos y Fuentetoba; estado actual de conservación de las pinturas de Valonsadero y su entorno y propuestas de protección y salvaguarda y como anexo, en un libro que pretende ser de divulgación, se adjunta un vocabulario mínimo de arte rupestre.

Estamos hablando de un libro de lujo bellamente presentado, que consigue resaltar el atractivo del arte rupestre y contribuir poderosamente a una excelente difusión, de las 41 estaciones de arte esquemático, ya que además de las 34 de Valonsadero se incluyen las aledañas de Oteruelos, Pedrajas y Fuentetoba. Hay que destacar el esfuerzo de la Caja Rural de Soria por haber contribuido de forma esmerada y elegante a la presentación de un conjunto pictórico tan significativo, que queda bellamente resaltado por las fotografías de Alejandro Plaza y el excelente diseño, maquetación, tratamiento de calcos y dibujos de Paco Castro Creativos, habiendo sido premiado por el Centro Soriano de Madrid como mejor libro editado sobre tema soriano.

La preocupación del autor por la conservación y difusión de este patrimonio arqueológico artístico queda patente en toda su expresión en este libro, resaltado en su capítulo final “Estado actual de conservación de las pinturas de Valonsadero y su entorno y propuesta para su protección y salvaguarda”. En este apartado se destacan las alteraciones antrópicas producidas en diferentes abrigos a lo largo de este siglo, a veces por desconocimiento, como las pintadas y las hogueras realizadas antes de su descubrimiento oficial.

El reforzamiento de la protección legal de este conjunto no ha solucionado sus problemas de conservación, ya que además de la contemplada específicamente para las manifestaciones artísticas rupestre en la Ley de Patrimonio Histórico Español, de 1985, Valonsadero goza de la declaración de Bien de Interés Cultural con categoría de Zona Arqueológica por la Junta de Castilla y León, desde 1994. Se dispone de una “carta de riesgo”, que refleja con detalle la distribución y concentración de la pintura rupestre, como elemento esencial para enfrentarse a cualquier agente destructivo.

La instalación de vallas con la intención de proteger las pinturas, aunque han solucionado problemas comunes, no han impedido la destrucción y alteración de algunos abrigos. Estas medidas han ido acompañadas de análisis y estudios de diferentes técnicos, que han valorado los problemas por causas de alteración física, química, petrológica y biológica, que deben aplicarse urgentemente para corregir daños inmediatos, como los que están afectando a algunos abrigos, por el lascado de la pared o por invasión de líquenes. Pero queda claramente evidenciado que el agente más destructivo es la ignorancia humana, por lo que una de las actuaciones más importantes están relacionadas con el conocimiento, la sensibilización y la difusión, que es lo que pretende conseguir este libro.

Sus largos años de estudio y análisis, así como, el tratamiento exhaustivo y preciso de la documentación le llevan al autor a decir que el “inventario y catálogo de cuantas estaciones con arte rupestre son conocidas en Valonsadero y su entorno es tarea absolutamente concluida”. Pero las características de este patrimonio artístico, cuyo mantenimiento no permite su traslado, está expuesto al deterioro permanente, lo que hace necesario aplicar a su documentación técnicas y soportes modernos, como la información digital y el tratamiento informático (Vicent *et alii* 1996; Chapa 2000). Pero estas nuevas posibilidades necesitan de metodologías adecuadas, así como el tratamiento de la dimensión espacial, a través de Sistemas de Información Geográfica, lo que hace necesario el trabajo interdisciplinar, ya aplicado a la catalogación del Arte Levantino (Vicent 1994; Vicent *et alii* 2000; Montero *et alii* 2000).

Estos dos libros proporcionan una excelente documentación para este conjunto pictórico del Alto Duero. Una buena documentación para presentar un magnífico conjunto, es la mejor manera de contribuir a su conocimiento y conservación.

Alfredo Jimeno Martínez

Departamento de Prehistoria. UCM.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, P. (1968): *La pintura rupestre esquemática en España*. Univ. de Salamanca, Salamanca.
- BALBÍN, R.; BUENO, P. (1992): L'art mégalithique dans la Péninsule Iberique: une vue d'ensemble. *L'Anthropologie*, t. 96, núm. 2-3: 499-572.
- BRADLEY, R. (1997): *Rock art and the prehistory of Atlantic Europe. Signing the land*. Londres.
- BRADLEY, R.; CRIADO, F.; FÁBREGAS, R. (1994): Rock art research as landscape archaeology: a pilot study in Galicia, North-west Spain. *World Archaeology*, 25-3: 374-390.
- BURILLO, F. (coord.) (1998): *Arqueología del Paisaje*. Arqueología Espacial 19-20, Teruel.
- CHAPA, T. (2000): Nuevas tendencias en el estudio de Arte Prehistórico. *Arqueoweb* 2(3).
- CRADO, F. (1993): Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje. *SPAL*, 2: 9-55.
- HERRÁEZ, J.A. (1997): La conservación preventiva del arte rupestre. *Cursos sobre el Patrimonio Histórico*, I (J.M. Iglesias, ed.), Universidad de Cantabria-Ayuntamiento de Reinosa, Santander: 181-196.
- LEROI GOURHAM, A. (1971): *Préhistoire de l'art occidental*. Mazenod, París.
- MARTÍNEZ GARCÍA, J. (1998): Abrigos y accidentes geográficos como categorías de análisis en el paisaje de la pintura rupestre esquemática. El Sudeste como marco. *Arqueología del Paisaje* (F. Burillo, coord.), Arqueología Espacial 19-20, Teruel: 543-561.
- MONTERO, I.; RODRÍGUEZ, A.L.; VICENT, J.M.; CRUZ, M. (2000): Técnicas analíticas basadas en el proceso de imágenes digitales multiespectrales. *Arte Pre-Histórica Europea-O Método* (A. Cruz y L. Oosterbeek, coords.), Arkeos, 7: 13-34.
- VICENT, J.M.; MONTERO, I.; RODRÍGUEZ, A.L.; MARTÍNEZ, M.; CHAPA, T. (1996): Aplicación de la imagen multiespectral al estudio y conservación del arte rupestre post-paleolítico. *Trabajos de Prehistoria*, 53: 19-35.
- VICENT, J.M.; CRUZ, M.; RODRÍGUEZ, A.L.; MONTERO, I. (2000): El Corpus de Pintura Rupestre Levantina y las nuevas tecnologías de la información. *Arte Pre-Histórica Europea-O Método* (A. Cruz y L. Oosterbeek, coords.), Arkeos, 7: 35-54.

S. Celestino Pérez (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Ed. Bellaterra arqueología, Barcelona. ISBN: 84-7290-139-9. 495 pp., 167 figs.

A. Rodríguez Díaz y J-J. Enríquez Navascués (2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*. Ed. Bellaterra arqueología, Barcelona. ISBN: 84-7290-174-2. 366 pp., 1 apéndice y 95 figs.

Entre las muchas aportaciones, todas ellas inteligentes, que la profesora M^a Eugenia Aubet Semmler ha realizado al mundo de la investigación arqueológica, una de las más brillantes y, seguramente también, menos reconocida, ha sido el mecenazgo de colegas investigadores, cuyo trabajo ha dado a conocer, con esa generosidad suya, propia de los que de verdad son sabios, a través de las colecciones arqueológicas que, primero en la editorial Crítica y actualmente en Bellaterra, tan acertadamente dirige.

Fruto de su nueva etapa al frente de la colección Bellaterra arqueología son estos dos libros que seguidamente paso a reseñar y que se complementan espacial y cronológicamente, si bien no necesariamente expresan puntos de vista similares.

Ambos libros son un exponente de los cambios, positivos indudablemente, que para la investigación arqueológica en Extremadura ha supuesto la transferencia de competencias en materia de Patrimonio, la creación de un organismo autonómico competente y de técnicos arqueólogos. La serie Extremadura Arqueológica, las memorias de Arqueología Extremeña y las monografías de la Universidad de Extremadura, son buenos exponentes del cambio en volumen y calidad de la información arqueológica generada en los últimos veinte años, en su mayor parte por arqueólogos extremeños o que trabajan en Extremadura.

El primero de ellos fue la tesis Doctoral de Sebastián Celestino, quien, presumo, ha conservado para su publica-

ción dicha estructura, con la historia de la investigación al principio, varios capítulos de estudio tipológico de armas y otros elementos figurados y un apéndice-catálogo de estelas, al final. Comprendo que reescribir un trabajo tan prolijo, que ha supuesto tantos años de elaboración, supone tal vez una carga excesiva, pero creo que el libro hubiera ganado en agilidad si se hubiera concebido como un todo armónico, como un estudio de las estelas en su contexto sociohistórico y se hubiera descargado de algunos capítulos que en una tesis son obligados, pero en una monografía donde las estelas son el elemento discursivo para adentrarse en los orígenes del mundo tartésico, tal vez no.

Como he sido testigo de los avatares por los que el texto ha pasado y los sucesivos retrasos que ha sufrido su publicación, comprendo muy bien la desesperación del autor ante una obra que se iba quedando anticuada y que había, cada cierto tiempo, que retocar y poner al día. El autor ha superado la prueba con notable éxito y toda la bibliografía posterior a la primera redacción del texto ha sido incorporada, alguna razonablemente elaborada, otra, intuyo, más superficialmente trabajada. No obstante su redacción final no difiere substancialmente de lo que debió constituir su tesis doctoral y hemos tenido ocasión de ir viendo publicado a lo largo de los años 90.

En esencia, el autor, a partir de un estudio geográfico de las concentraciones de estelas, postula un modelo evolutivo, asociado al surgimiento de una casta guerrera de base

ganadera y localizado en el área en torno a Sierra de Gata, donde se concentran lo que el autor denomina “*estelas básicas*”, es decir, anicónicas y con un modelo repetitivo: espada-lanza-escudo.

La aparición de estelas de motivos más complejos, especialmente caracterizadas por la presencia humana centrando la composición, su progresiva complejidad y el hecho de que estas últimas tiendan a aparecer cuanto más hacia el SE. nos desplazamos, siendo por el contrario extrañas en la supuesta zona nuclear de sierra de Gata, induce al autor a considerar que el fenómeno de las estelas está relacionado con un desplazamiento de estas elites ganaderas en busca de una zona de asentamiento más idónea y más cercana al Bajo Guadalquivir y Mediodía Atlántico donde se estaban gestando cambios económicos. El modelo evolutivo, asociado además en ocasiones, a movimiento de gentes, ya ha sido sugerido igualmente por otros autores (Pingel 1974; Almagro Gorbea 1977; Varela Gomes y Pinho Monteiro 1977; Barceló 1989) y es perfectamente plausible. Que la gente se movía y emigraba, en masa o en número reducido, es un hecho conocido y aceptado históricamente, pero más difícil de detectar arqueológicamente. Incluso si se trata de pequeños movimientos y realizados de modo gradual como propone el autor (pág. 304), resulta difícil distinguirlos de desplazamientos ganaderos estacionales, de corto recorrido individualmente, pero sistemáticos y encadenados, que funcionaran como cadena de transmisión de ideología y conocimiento especializado, pero que no implicaran necesariamente migración y asentamiento de nuevas gentes en otros territorios (Ruiz-Gálvez 1998: 329-40; Galán y Ruiz-Gálvez 2001). No queda claro tampoco, qué es lo que origina ese supuesto movimiento humano en el área nuclear de Gata; ni si el asentamiento en áreas más idóneas situadas hacia el SE. se imagina pacífico o violento, y qué evidencias arqueológicas lo sustentan, además del alegado crecimiento poblacional (págs. 289 y ss. y 304-5), que no es exclusivo del SO y que, en fechas reales, de radiocarbono calibrado, se detecta ya, por lo menos desde el s. X a.C. y no en el s. IX a.C. como defiende el autor (pág. 290), y que puede responder más a una mayor estabilidad y con ello, “*visibilidad*” del asentamiento humano que a un marcado crecimiento demográfico [comunicación personal de Concha Blasco]. Con los datos que poseemos, tan válido es sostener un modelo diacrónico y evolutivo, como mantener, como lo hace Galán (1993), un modelo sincrónico, con distintos lenguajes simbólicos en función de factores como el tamaño y la complejidad organizativa de los diversos territorios... En Ciencias Sociales, como en casi todas las Ciencias, nada es seguro y todo es opinable...

El significado funerario de las estelas defendido por el autor (págs. 278 y ss. y 319), me parece incuestionable y asimismo, el que hayan podido dar origen a auténticas necrópolis a inicios de la Edad del Hierro, como Setefilla o el Sur de Portugal (Ruiz-Gálvez y Galán 1991: 271, punto 5; Ruiz-Gálvez 1998: 343; Correia 1996; Aubet 1997) Más difícil me parece estirar su cronología, tal como quiere el autor, hasta bien entrado el Periodo Orientalizante (pág. 312). Pues, una cosa es que estelas como la de Setefilla aparezcan reutilizadas en una necrópolis de inicios de la Edad del Hierro, como memoria social (Aubet 1997: 170), y otra muy diferente, que se siguieran grabando hasta el s. VII a.C. (pág. 313), cuando armas y emblemas ya habían sido sustituidos hacia más de un siglo, por otros símbolos de rango. Así, el contexto de aparición de la estela de Setefilla permite pensar en la im-

plantación de una necrópolis donde, previamente, existía un espacio asociado al recuerdo de un antepasado heroizado y a la reclamación de derechos de descendencia y propiedad (Ransborg 1981; Thapar 1981; Driscoll 1988; Aubet 1997). El caso de Las Herencias II (pág. 354) y Cancho Roano (pág. 387), incorporados, a veces del revés, a edificios, se me antoja diferente y su contexto de aparición parece indicar la pérdida de su significado. Algo similar a la reutilización de elementos arquitectónicos romanos, paleocristianos o visigodos en mezquitas musulmanas que, obviamente, no es gratuita, pero que es muy posterior y, seguramente ausente del significado originario. Tampoco me convence su interpretación como tumbas, de las estelas compositivamente más simples (págs. 82, 84, 279, 286 y 316). Hasta la fecha, no poseemos una sola evidencia clara de su asociación a cistas. Bien por el contrario, sí empezamos a tener evidencias de que sus supuestas antecesoras, las estelas alentejanas, se usaron hincadas y no como cubiertas de cistas (Varela Gomes 1995: 135; Ruiz-Gálvez 1998: 165, 180-1).

Es obviamente discutible que el significado de las estelas sea el de marcador de recursos críticos, escasos o valiosos (pág. 40), pero el argumento esgrimido por el autor para cuestionarlo, esto es, el pequeño tamaño de algunas de ellas, no me parece inconveniente para seguir considerándolas como hitos, pues Galán y yo (1991) no las entendemos como *miliarios*, necesariamente visibles a grandes distancias en rutas ganaderas, sino como marcadores de recursos, de su acceso y derecho preferente, de lo cual informan visualmente al que entra o accede a ellos, de igual modo que el cartel de *coto privado de caza* es de pequeño tamaño y visible sólo cuando entras. Es decir, que el argumento importante para considerarlo o no como hitos o marcadores de recursos es, en nuestra opinión (Ruiz-Gálvez y Galán 1991; Galán 1993; Ruiz-Gálvez 1998; Galán y Ruiz-Gálvez 2001), el que se hallen o no en zonas *liminares*, en fronteras entre recursos complementarios, y en el punto por donde se accede a ellos (Ingold 1986) Eso explica el que no haya estelas en áreas del interior, como señala el autor (pág. 316), sino en las zonas de llegada (Galán 1993: 35-6; Ruiz-Gálvez 1998: 183, 331). Su localización exacta, puesto que ninguna ha sido hallada hincada en su posición primaria, me parecería argumento de más peso que su mayor o menor tamaño, para cuestionar el modelo propuesto por Galán y por mí.

En lo que estoy plenamente de acuerdo con el autor es en la importancia de los *Pueblos del Mar* y del *Periodo Geométrico Griego* (págs. 180, 198, 227-35, 312) para entender los procesos sociohistóricos y la simbología reflejada por estas estelas, algo que, durante muchos años ha reivindicado el Pr. Bendala (2000: 74-5). Sólo que, las fechas de s VIII a.C., adoptadas por Bendala y sus seguidores para enlazar con el proceso de colonización histórica, me parecen bajas. Tampoco creo que deba entenderse como una precolonización [contra lo que el autor me atribuye (pág. 38), sigue sin convencerme el término precolonización (Ruiz-Gálvez 2000)] en el sentido que el autor del libro lo propone (pág. 300). Si no me gusta el concepto de *precolonización*, es porque, como el mismo modelo de colonización, asume una especie de *juego de frontón*, con un único jugador que tira y recoge el rebote de la bola, en lugar de un *partido de tenis*, en que dos jugadores, de igual o desigual pericia, actúan a uno y otro lado de la cancha.

El propio modelo interpretativo de bienes de prestigio de Frankestein y Rowlands que el autor adopta (pág. 314) se

basa, aunque sus formuladores no lo digan, en el del reino del Congo a la llegada de los portugueses (Godsen 1985), donde el monopolio de ciertas mercancías por parte del rey era previo a la llegada de los comerciantes portugueses y se basaba en el control que este ejercía sobre la producción de excedentes y el acceso a la tierra. Por eso me parece más apropiado hablar de interacción y me convencen más los modelos basados en tiempos largos y, para el fenómeno de las estelas de guerrero, los modelos empresariales. Yo no veo claros indicios de presencia foránea en el Centro y Occidente del Mediterráneo antes de las colonizaciones griegas y fenicias del Primer Milenio a.C. Lo que no impide aceptar la idea del asentamiento individual de navegantes o artesanos extranjeros, integrados en comunidades nativas, por lo que arqueológicamente serían difíciles de detectar, pero transmisores de tecnología y conocimiento especializado. El Mediterráneo Central más que el Occidental, tiene buenas evidencias de ello desde el Heládico Reciente y, en especial desde el s. XIV (HRIIIA) (Vagnetti 1993, 1998). Como, asimismo, de la composición multiétnica de las tripulaciones de los barcos bajo bandera micénica, entre los que no es improbable la presencia de “*indígenas*” sículos, sardos, etruscos, ¿tartesios?... (Lo Schiavo *et al.* 1986; Jones y Vagnetti 1991; Vance Watrous *et al.* 1998; Pulack 2000), que pudieron actuar como comerciantes independientes, mitad mercaderes, mitad piratas en época postmicénica. Encuentro enormemente atractiva la idea de Susan Sherratt (1994, 1998, 2000; Sherratt S. y A 1991, 1993; Artzy 1994, 1998; Bauer 1998; Negbi 1991), de que los cambios y convulsiones que se producen en el Mediterráneo Oriental entre fines del s. XIII e inicios del s. XII a.C. podrían deberse, menos a migraciones en masa e invasiones que a la subversión de los sistemas de comercio estatales por parte de sus antiguos funcionarios “*periféricos*”, que empiezan a minar la base del poder actuando por cuenta propia. Porque eso –un comercio privado a la búsqueda de la ganancia– explicaría a mi juicio (Ruiz-Gálvez 1998: capítulos 6 y 7; Ruiz-Gálvez en prensa; Cáceres 1997), la rápida expansión por todo el Mediterráneo e incluso Europa Central a partir del s. XII a.C. y antes de las colonizaciones del Primer Milenio a.C., de mercancías y tecnologías antes monopolizadas por reyes y talleres palaciales, como el hierro, la cera perdida, el incienso, las convenciones estéticas de representación regia (peines, pinzas, espejos, carros,... etc), el telar vertical, la púrpura o las telas de patrones decorativos geométricos (cerámicas geométricas del Chipre-Geométrico, Geométrico griego, straluccida nurágica, incisa geométrica del Bronce Final del SE y SO francés y pintadas geométricas y retículas bruñidas de la Península Ibérica). Tampoco es casualidad que en idénticos contextos (s. XI a IX a.C.), el ciclo hitita o de Asia Menor (Zaccagnini 1991; Ruiz-Gálvez 1998: capítulo 7, en prensa), aparezca muy difundido como patrón estándar de peso en Cerdeña, la Península Ibérica, la zona atlántica, pero también el Egeo, como en la tumba del guerrero-pirata de Lefkandi (Popham y Lemnos 1995), si tenemos en cuenta que dicho estándar de peso, de acuerdo con Zaccagnini (*ibidem* 346), fue común a partir de la Primera Edad del Hierro (s. XII a.C.), en Chipre y en la costa Siria además de Anatolia. Es decir, en el área de los llamados *Pueblos del Mar*. Entre las causas del colapso aducidas por Susan Sherratt (2000) estarían la creciente debilidad e incapacidad de los palacios para controlar un sistema comercial progresivamente más amplio y complejo, y la habilidad de estos comerciantes-empresarios para “*inundar*” de

metal los mercados, y acabar con el monopolio estatal. La autora aduce la alta frecuencia de bronce de origen itálico o centroeuropeo en el Mediterráneo Oriental a partir del s. XIII a.C. y el creciente comercio de chatarra. Así que es posible que los famosos *Sardana* no sean otra cosa que avezados comerciantes independientes (Lo Schiavo 2000), intermediarios en dicho comercio entre el Mediterráneo Oriental y los navegantes de la Península Ibérica (¿los tartesios de los textos?). La presencia de objetos metálicos de esa procedencia no es infrecuente en depósitos sardos del Bronce Final, como los objetos Centromediterráneos no lo son en contextos peninsulares de Bronce Final (s. XI a IX a.C.). Esa vía quizá explique, sin necesidad de acudir a invasiones o al retorno de héroes de la guerra de Troya, convenciones como las que aparecen reflejadas en las estelas de guerrero. Es plausible que, además de conceptos simbólicos, llegaran innovaciones tecnológicas u objetos, como el espejo de tipología sarda de la estela de Magacela. Otros, como los carros, acaso no llegarán, pero sí su significado simbólico (Ruiz-Gálvez 1993, 2000).

Lo que no me cabe duda es que, para que esta situación se produjera, tuvo que haber una previa reorganización de la base productiva y del sistema social, que se debió ir gestando paulatinamente a lo largo del IIº Milenio y en especial de sus siglos últimos, y que son los pilares de los que emergerá Tartessos.

Y, en este punto, el segundo libro que comento, parece ofrecernos la clave para entender tanto el proceso formativo de las sociedades guerreras inmortalizadas en las estelas, como el devenir posterior en una región que, sus autores, se empeñan en considerar ancilar, denominándola *periferia* (pág. 45).

La obra arranca con una, a mi juicio, magnífica introducción geográfica en la que, como los propios autores nos explican, su marco de estudio es una región sin límites geográficos definidos ni grandes barreras naturales (pág. 16). Precisamente por eso, yo preferiría, como el *logo* de la Junta de Extremadura de 1992, hablar de *enclave* en la acepción que del término recoge el diccionario de la RAE (19ª ed. de 1970 pág. 525) más que de *periferia*. Porque, la lectura del libro me produce la impresión de que los autores miran en exceso hacia el Suroeste para encontrar modelos. Y si eso puede tener cierta justificación en la segunda mitad del estudio, en especial, en el Período Orientalizante, no me lo parece tanto en la primera, donde una mirada más amplia, no únicamente al Sudoeste, sino a Portugal y a ambas Mesetas, y, en el Bronce Final, a lo que está pasando fuera de la Península, me parece fundamental para perder esa sensación de aislamiento y servidumbre respecto a otras áreas, a mi juicio injustificada.

Es en la Edad del Cobre donde se sitúa la aparición de las *primeras sociedades complejas* (pág. 55), etapa que los autores caracterizan por una mayor dependencia de la tierra, incorporación de nuevas tecnologías, aumento demográfico, expansión de las redes de intercambio,... etc (*ibidem*). Estas sociedades *complejas*, más en el área del Guadiana que en la del Tajo, asumirían en algunos casos, modelos habitacionales similares a Millares o el Estuario de Tajo y se consideran evidencia del primer asentamiento estable y permanente en el territorio (pág. 60). Este modelo de continuidad es el que se va a defender como característico de la región a lo largo del IIIer. y IIº Milenios a.C. (pág. 72). Se me escapa la información económica sobre la que se basan afirmaciones como

la explotación intensiva de los recursos (pág. 60), que me parece excesiva dada la tecnología del momento, y sólo las huertas parecen haberse explotado de modo intensivo. Pero se insiste reiteradamente en la feracidad de las tierras del Guadiana Medio y en la vocación claramente agrícola y permanente de los poblados allá localizados como justificación de esta base estable (pág. 80). Y en mi confesa ignorancia, me pregunto si no se están extrapolando en cierto sentido las características actuales de la región. Estoy de acuerdo en la feracidad de las tierras aluvionales de las vegas del Guadiana, pero hasta el plan Badajoz, esta era una zona fácilmente inundable, y me pregunto si ello no se reflejaría en un poblamiento intermitente como en Alpiarça, hoy una de las mejores regiones cerealísticas de Portugal pero que, de acuerdo con los datos polínicos, estuvo frecuentemente desocupada en la Prehistoria por su carácter inundable e inhóspito (Kalb y Höck 1988). O como el paisaje manchego de las Motillas, una cuenca sedimentaria inundable del que hoy es reliquia el Parque de Las Tablas, y que corresponde a un paisaje de cañaverales donde se concentran estacionalmente una gran variedad de recursos pero seguramente, difícilmente ocupable durante todo el año por su carácter malsano, que sólo el reciente trabajo de drenaje corrigió, como una hojeada al Madoz demuestra (Véase también Barrientos 1998: 28). Me pregunto si, como en el caso del Duero Medio (Delibes *et al.* 1995), la cuenca del Guadiana, no estaría entonces menos excavada y sería aún más fácilmente anegable que en época histórica, y cómo influiría ello en el carácter del asentamiento y en su mayor vocación agrícola o ganadera. Si estos factores influyeron en la tendencia hacia una mayor presencia de poblados en alto a partir de la Edad del Bronce y en esa *Edad Oscura* en el tránsito al IIº Milenio (pág. 76-9).

Las sociedades de la Edad del Bronce extremeño se califican de *Jefaturas*, aunque los autores mantienen al respecto un cierto escepticismo, que yo comparto (pág 88). Lo cierto es que, la información habitacional para este periodo es bastante escasa (Pavón 1998: 29-30) y refleja unas estructuras muy modestas y escasamente pretenciosas. De hecho, tradicionalmente, y aún en el libro que comento, este periodo se caracteriza, fundamentalmente, a partir del estudio de sus necrópolis de cistas, que no suelen superar en el mejor de los casos la veintena de enterramientos y que, a pesar de la ausencia en algunas de cualquier elemento de ajuar, no parecen reflejar sociedades piramidales. Apenas la documentación en Alange de un enterramiento infantil con ajuar, o de un puñal con empuñadura de oro, desgraciadamente descontextualizado (Pavón 1998: 29 y 71), permite intuir ciertas diferencias de rango. Por lo demás, la impresión que a mí me producen es la de grupos socialmente poco diferenciados. Si acaso las losas alentejanas, que hoy empezamos a saber que se hincaron marcando cistas (*vide supra*), y que fuera del área alentejana son un fenómeno muy localizado, podrían relacionarse con procesos de heroización y reclamación de derechos recibidos de los antepasados, y a sistemas de jefatura (Ruiz-Gálvez 1998: 179-83 y 338). Lamentablemente no tenemos un abanico de dataciones radiocarbónicas lo suficientemente amplio y *fino* [es decir, con desviaciones estándar bajas, no superiores a medio siglo] como para saber si las losas alentejanas se realizan exclusivamente en un periodo corto, de presión sobre recursos y necesidad de reivindicar accesos preferenciales a los mismos, aunque intuyo que sí y que no fue la tónica a lo largo de todo el Bronce Pleno.

Un motivo conductor de todo el libro, pero en especial de su primera parte, es la idea de que, a partir del Calcolítico, el poblamiento fue estable y permanente, sin vacíos (págs. 119). Y yo estoy de acuerdo en que fue permanente, que no hubo vacíos poblacionales. Más difícil me parece afirmar si fue o no estable, cuando, como los propios autores reconocen, Alange es el único argumento para apoyar un fuerte y continuado poblamiento (págs. 79-80). Pero, yo creo, que lo que nos separa son diferencias semánticas más que de fondo (pág. 100). Un asentamiento basado en la movilidad no implica necesariamente nomadismo y, bien por el contrario, representa un poblamiento sistemático y permanente, aunque no necesariamente estable. Los cortes estratigráficos de la Umbría y la Solana de Alange señalan una estratigrafía continuada, sin hiatus y con abundante material. Pero, hasta el momento, la única evidencia constructiva es una posible cabaña de características precarias. Sólo nuevas y más extensas excavaciones pueden ayudarnos a matizar el grado de intermitencia o estabilidad en este y otros sitios. El que sitios como El Jardín o Los Castillejos de Fuente de Cantos se documenten ocupaciones únicamente en el Calcolítico y la Segunda Edad del Hierro (págs. 252 y 274), no me parece casualidad, y en otras zonas del Centro de Portugal, sitios que se ocuparon de modo aparentemente estable en el Calcolítico, no vuelven a tener construcciones pétreas hasta la Edad del Hierro.

Sí me parece más coherente hablar de una intensa ocupación del territorio desde inicios de la Edad del Hierro (pág. 167), como consecuencia de la confluencia de procesos que se han ido gestando anteriormente, y de las innovaciones tecnológicas en tipo de arado, alzada de los animales y nuevos cultígenos. Los autores conciben para el Período Orientalizante y, en especial para la cuenca media del Guadiana, un modelo clientelar, basado en una dicotomía de relaciones campo/ciudad y entre los grandes núcleos de población tipo Medellín o Badajoz, posibles sedes de regías, y las residencias principescas del tipo La Mata del Campanario o Cancho Roano, que, a su vez gestionarían núcleos menores (págs. 169, 173-5, 189, 221-3, 233-4, 236). El modelo, tomado de Torelli, Ruiz y Molinos, como los propios autores señalan, es indudablemente sugerente. Sin embargo, no me queda claro cuándo y cómo se inicia, ni la posible relación entre las regías urbanas y las residencias rurales aristocráticas.

Ciertos modelos de organización del paisaje remonta- bles al menos, al Bronce Final parecen conservarse a lo largo de la Primera Edad del Hierro. Tal parece indicarlo la localización de necrópolis como las de Talavera la Vieja o Medellín, cerca del vado, enfatizando su valor liminar (págs. 173-5).

Sí estoy de acuerdo en el doble sentido sagrado/profano de lugares como Cancho Roano y por ello, de lo secundario de la discusión sobre su posible interpretación como santuario o palacio. Pero me parece innecesario y tal vez no muy esquisito, enfatizar los cambios de opinión al respecto de sus excavadores (221-3) pues, a la postre, toda ciencia, y más las sociales, está sujeta a continua revisión de sus hipótesis.

De acuerdo con los autores, el final de la demanda tartésica de metal en la región, habría favorecido el proceso de desarrollo de esos grupos aristocráticos y su creciente independencia de las regías urbanas (pág. 233). Su final, en torno al 400 a.C., parece deberse menos a invasiones, que a contradicciones internas, como la creciente tensión campo/ciudad antes mencionada (págs. 240-42). Sin embargo, esto en-

tra en contradicción con lo que se afirma más adelante (pág. 285), acerca de la implantación en la zona desde el 400 a.C. de gentes de raigambre alentejano-meseteña...

Los autores se adhieren al modelo de indoeuropeización acumulativa, que no es de Almagro Gorbea, sino de Hawkes, para explicar la presencia de gentes meseteñas en la Beturia (pág. 268). El problema, a mi juicio, es que, si aceptamos que dicho substrato podría retrotraerse al Bronce Final, entonces seguimos sin saber cómo, desde cuando y por qué se han ido gestando, porque, aunque Almagro Gorbea (2001) retrotrae los orígenes al Tercer Milenio y al vaso Campaniforme, y concluye que el proceso en la Península, a la inversa de las invasiones clásicas, parece seguir el sentido Oeste/Este, con todo lo cual coincido (Ruiz-Gálvez 1998: cap. 8), no explicita los mecanismos y procesos que los generan, mantienen y transforman a lo largo de milenios. En todo caso, y como los propios autores señalan (pág. 284), el problema es complejo ya que las fuentes escritas sólo nos informan del momento de contacto con los conquistadores romanos.

Lo que sí queda claro, es que esta fase supone un cambio radical en cuanto a la orientación económica, ahora marcadamente ganadera tanto en el Tajo como en el Guadiana Medio, y con tendencia a la habitación en los castros, que sólo parecen transformarse en oppida en época tardía, como respuesta a la presencia romana y a la política de concentración de población practicada por Roma. Qué genera dichos cambios; agotamiento de suelos, presión sobre el medio,

cambio en condiciones ambientales... no queda claramente explicitado.

Finalmente, el libro presenta cuidadas ilustraciones y un cuadro actualizado de las dataciones radiocarbónicas existentes para la región, si bien no se especifica qué programa de calibración se ha usado y si las fechas se han calibrado a una o a dos sigmas.

Para concluir, ambas obras, en conjunto, resultan imprescindibles para un acercamiento a la Prehistoria de la región extremeña, si bien su lectura parece más dirigida al especialista o al estudiante de segundo o tercer ciclo, por la prolijidad y densidad de la información contenida.

Queda pendiente en esta, como en otras colecciones editoriales dedicadas a la Arqueología, como queda, también pendiente para los profesionales que trabajamos en ella, la asignatura de la divulgación y transmisión del conocimiento a ámbitos interesados, pero no necesariamente especializados. El día que, además de hacer buenos trabajos de síntesis como los dos que comento, consigamos eso, la arqueología española podrá hablar de igual a igual a la mejor arqueología internacional.

Marisa Ruiz-Gálvez Priego

Departamento de Prehistoria. UCM.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Periodo orientalizante en Extremadura*. Biblioteca Praehistorica Hispana XIV, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (2001): Los Celtas en la Península Ibérica. *Celtas y vettones*, Diputación provincial, Avila: 94-114.
- ARTZY, M. (1994): Incense, camels and collared rim jars: desert trade routes and maritime outlets in the Second Millennium. *Oxford Journal of Archaeology*, 13 (2): 122-44.
- ARTZY, M. (1998): Routes, trade, boats and nomads of the Sea. *Mediterranean peoples in transition. Thirteenth to Tenth Centuries BCE. In Honor of Professor Trude Dothan* (S. Gitin, A. Mazar y E. Stern, eds.), Israel Exploration Society, Jerusalem: 439-48.
- AUBET SEMMLER, M^a.E. (1997): A propósito de una vieja estela. *Sagyntvn*, 30;: 163-72.
- BARCELÓ, J.A. (1989): Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica. *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir* (M^a.E. Aubet, coord.), Ed. AUSA, Sabadell: 189-208.
- BARRIENTOS ALFAGEME, G. (1998): Introducción geográfica: Extremadura, una realidad diversa. *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, economía y poblamiento* (A. Rodríguez Díaz, coord), Monografías de la Universidad de Extremadura, Cáceres: 15-28.
- BAUER, A. (1998): Cities of the Sea: maritime trade and the origins of Philistine settlement in the Early Iron Age Southern Levant. *Oxford Journal of Archaeology*, 17 (2): 149-68.
- BENDALA GALÁN, M. (2000): *Tartessos, Iberos y Celtas*. Ed. Temas de Hoy, Madrid.
- CORREIA, V.H. (1996): *A Idade do Ferro na Planície Central Alto-Alentejana. Bases de um projecto de investigação*. Ed. Clío-Arqueologia, Lisboa.
- DELIBES, G.; ROMERO, F.; MORALES, A (1995): *Arqueología y medio Ambiente. El Primer Milenio a.C. en la cuenca Media del Duero*. Junta de Castilla y León, Valladolid.
- DRISCOLL, S.T. (1988): Power and authority in Early historic Scotland: pictish symbol stones and other monuments. *State and Society. The emergence and development of social hierarchy and political centralization* (J. Gledhill, B. Bender y M.T. Larsen, eds.), Unwin Hyman, Glasgow: 215-36.
- GALÁN DOMINGO, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra 3, Madrid.
- GALÁN DOMINGO, E.; RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (2001): Rutas ganaderas, trasterminancia y caminos antiguos. El caso del Occidente peninsular entre el Calcolítico y la edad del Hierro. *Los rebaños de gerión. Pastores y trasterminancia en Iberia Antigua y Medieval* (J. Pantoja, ed), Collection de la Casa de Velázquez, 73: 263-78.
- GODSEN, CH. (1985): Gifts and kin in Early Iron Age Europe. *Man*, 20 (3): 475-93.

- INGOLD, T. (1986): *The appropriation of Nature. Essays on human ecology and social relations*. Manchester Univ. Press, Manchester.
- JONES, R.E.; VAGNETTI, L. (1991): Traders and craftsmen in the Central Mediterranean: archaeological evidence and archeometric research. *Bronze Age trade in the Mediterranean* (N.H. Gale, ed), Studies in Mediterranean Archaeology 90. Jonsered, Paul Åströms Forlag: 127-47.
- KALB, PH.; HÖCK, M. (1988): O povoamento pré-histórico de Alpiarça. *Arqueologia*, 17: 193-200.
- LO SCHIAVO, F. (2000): Sea and Sardinia. *Ancient Italy in its Mediterranean Setting. Studies in honour of Ellen Macnamara* (D. Ridgway et al., ed), Accordia Research Institute 4: 141-58.
- LO SCHIAVO, F.; MACNAMARA, E.; VAGNETTI, L. (1986): Late Cypriot Imports to Italy and their influence on local bronzework. *Papers of the British School at Rome*, LIII: 1-71.
- NEGBI, O. (1991): Were there Sea Peoples in the Jordan valley at the transition from the Bronze Age to the Iron Age? *Tel Aviv*, 18: 205-43.
- PAVÓN SOLDEVILA, I (1998): *El Cerro del castillo de Alange (Badajoz). Intervenciones Arqueológicas (1993)*, Memorias de Arqueología Extremeña 1, Mérida.
- PINGEL, V. (1974): Bemerkungen zu den ritverzürten Stelen und zur beginnenden Eisenzeit im Südwestern der Iberischen Halbinsel. *Hamburger Beiträge zur Archäologie*, 4: 1-19.
- PULAK, C. (2000): The balance weights from the Late Bronze Age shipwreck at Uluburum. *Metals make the World go round. The supply and circulation of metals in Bronze Age Europe* (Ch Pare, ed.), Oxbow, Oxford: 247-66.
- RANSBORG, K. (1981): Burial, succession and early State formation in Denmark. *The Archaeology of death* (R. Chapman, I. Kinnes y K. Ransborg, eds.), New Directions in Archaeology, Cambridge: 105-21.
- RUIZ-GÁLVEZ, PRIEGO, M. (1993): El occidente de la Península ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce. *Complutum*, 4: 41-68.
- RUIZ-GÁLVEZ, PRIEGO, M. (1998): *La Edad del Bronce en la Europa Atlántica. Un viaje a los orígenes de Europa occidental*. Ed. Crítica, Barcelona.
- RUIZ-GÁLVEZ, PRIEGO, M. (2000): La precolonización revisada: De los modelos del s. XIX al concepto de interacción. *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo* (P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo, coord), Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Madrid: 9-25.
- RUIZ-GÁLVEZ, PRIEGO, M. (en prensa): Investigating weight systems in Nuragic Sardinia. *The problem of tin at the beginning of metallurgy* (F. Lo Schiavo y A. Gumliamair, eds.), XIV Congrès UISPP Liège.
- RUIZ-GÁLVEZ, PRIEGO, M.; GALÁN DOMINGO, E. (1991): Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 257-73.
- SHERRATT, S. (1994): Commerce, Iron and Ideology: Metallurgical innovation in 12th-11th century Cyprus. *Cyprus in the 11th Century BC*. (V. Karageorghis, ed), Nicosia: 59-107.
- SHERRATT, S. (1998): "Sea Peoples" and the economic structure of the Late Second Millennium in the Eastern Mediterranean. *Mediterranean peoples in transition. Thirteenth to Tenth Centuries BCE. In Honor of Professor Trude Dothan* (S. Guitin, A Mazar y E. Stern, eds.), Israel Exploration Society, Jerusalem: 292-313.
- SHERRATT, S. (2000): Circulation of metals and the end of the Bronze Age in the Eastern Mediterranean. *Metals make the World go round. The supply and circulation of metals in Bronze Age Europe* (Ch Pare, ed.), Oxbow, Oxford: 82-98.
- SHERRATT, A.; SHERRATT, S. (1991): From luxuries to commodities: the nature of Mediterranean Bronze Age trading XC. *Bronze Age trade in the Mediterranean* (N.H. Gale, ed.), Studies in Mediterranean Archaeology, Göteborg: 351-86.
- SHERRATT, A.; SHERRATT, S. (1993): The growth of the Mediterranean economy in the early first Millennium BC. *Ancient trade, new perspectives* (J. Oates, ed.), World Archaeology, 24(3): 361-78.
- THAPAR, R. (1981): Death and the hero. *Mortality and immortality. The Anthropology and Archaeology of Death* (S.C. Humphreys y H. King, eds.), Academic Press, Londres: 293-315.
- VAGNETTI, L. (1993): Aspetti della presenza micenea nel Sud-est Italiano. *Atti del trentesimo convegno di studi della Magna Grecia* (Taranto- Lecce 4-9 ottobre 1990), Napoli: 363-82.
- VAGNETTI, L. (1998): Variety and function of the Aegean derivative pottery in the central Mediterranean in the Late Bronze Age. *Mediterranean peoples in transition. Thirteenth to Tenth Centuries BCE. In Honor of Professor Trude Dothan* (S. Guitin, A Mazar y E. Stern, eds.), Israel Exploration Society, Jerusalem: 66-79.
- VANCE WATROUS, L.; DAY, M.P.; JONES, R.E. (1998): The Sardinian pottery from the Late Bronze Age site of Kommos in Crete: description, chemical and petrographic analysis and historical context. *Sardinian and Aegean chronology* (M.S. Balmuth y R.H. Tykot, eds.), Oxbow, Oxford: 337-40.
- VARELA GOMES, M. (1995): As denominadas "Estelas Alentejanas". *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder* (S. Oliveria Jorge, coord), Secretaria de estado da Cultura, Lisboa: 135.
- VARELA GOMES, M.; PINHO MONTEIRO, J. (1977): Las estelas decoradas do Pomar (Beja-Portugal). Estudio comparado. *Trabajos de Prehistoria*, 34: 165-214.

Diego Ruiz Mata y Sebastián Celestino Pérez (eds.) (2001): *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. CEPO-CSIC. Madrid. ISBN 84-607-1743-7. Pp. 274.

Este volumen reúne una serie de trabajos realizados por destacados especialistas sobre la Arqueología fenicia y orientalizante del sur de la Península Ibérica en un esfuerzo por realizar una síntesis y plasmar el estado de la cuestión acerca de la arquitectura en dichos ámbitos culturales. Este objetivo es conseguido plenamente a través de las contribuciones de dichos investigadores, ya centradas en áreas geográficas concretas (el bajo Guadalquivir, Portugal, Huelva, Sudeste peninsular), ya en yacimientos específicos (Cancho Roano, cerro de San Juan, Oliva de Mérida, Abul, Castillo de Doña Blanca). A éstas hay que añadir también un trabajo más general sobre las técnicas constructivas fenicia e indígenas y la interacción entre ambas durante la época colonial fenicia.

La primera de las contribuciones, elaborada por M. Belén, analiza la arquitectura religiosa orientalizante del Bajo Guadalquivir, ocupándose de diversos yacimientos de la zona, como Coria del Río, El Carambolo, Carmona y Montemolín. En ella se examinan diversos aspectos como los elementos sacros hallados, su técnica arquitectónica oriental y los ritos efectuados en los mismos. Igualmente, sigue las tesis que esta investigadora mantiene para estos edificios, que considera fenicios y que prestarían sus servicios a fenicios, lo que no deja de entrañar una cierta contradicción con el término usado en el título del trabajo "Arquitectura Orientalizante", que sugiere más bien su vinculación con el medio cultural autóctono.

El segundo trabajo es el de S. Celestino, que da a conocer un avance preliminar de los resultados de sus últimas excavaciones en Cancho Roano. En éste proporciona nuevos e interesantes datos sobre la planta y estructuras sacras (altares y mesas de ofrendas) de los edificios más antiguos ya conocidos (los denominados B y C), además de publicar una estructura más antigua (Cancho Roano D), seguramente una cabaña de planta circular.

También referente a aspectos arquitectónicos, señala que la planta del monumento depende del Mediterráneo Oriental, aunque matizada por el proceso orientalizante acaecido en Tartessos. En lo concerniente a la funcionalidad del edificio, insiste en su carácter de santuario, algo para lo que ofrece buenas razones. Adicionalmente, viene a aportar nuevas interpretaciones sobre el carácter de la divinidad a la que se rendiría culto en el santuario, que piensa se trataría de una diosa muy relacionada con el agua que sufriría un sincretismo con una divinidad oriental.

Por su parte, V.H. Correia analiza tanto la arquitectura de los establecimientos fenicios como las edificaciones orientalizantes hallados en Portugal, que interpreta como santuarios como son los casos de Fernão Vaz, Corvo I y Neves II. En este aspecto, no coincide plenamente con la opinión que expresa Jiménez Ávila en este mismo volumen, ya que éste último también considera una función palacial para los mismos. Igualmente, trata el tema de cómo se adoptó esta arquitectura orientalizante en el sur de Portugal, que cree no debió ser tanto por contacto directo con los colonos fenicios como a través de la interacción por emulación, al menos en lo que se refiere al Alentejo.

También muy interesante es el trabajo de Díes Cusí sobre la influencia de la arquitectura fenicia en la orientalizan-

te de la Península Ibérica. Trata de ver cuáles son los aspectos constructivos, de organización del espacio doméstico y del espacio urbano del mundo fenicio oriental tanto en las colonias fenicias como en las culturas de la Edad del Hierro del sur peninsular. Así, mientras el urbanismo fenicio de la Península Ibérica se atiene a las pautas orientales, se produce igualmente una adopción por parte de los indígenas tanto de técnicas constructivas fenicias como el concepto de organización urbana, pero no se adopta la organización del espacio doméstico. En todo este proceso, el autor distingue diferentes gradaciones regionales que quizá deberían ser matizadas.

Escacena e Izquierdo presentan un avance preliminar de sus excavaciones en el cerro de San Juan, en Coria del Río. Allí han documentado una sucesión de edificios sacros fechados entre los siglos VIII y VI a.C. que han interpretado como un templo fenicio dedicado a Baal que serviría como centro cultural de un barrio fenicio ubicado en el asentamiento tartésico. De especial interés son tanto su orientación astronómica como la existencia de un altar en forma de piel de buey, fenómenos ambos con paralelos en Cancho Roano, aunque aquí unos dos siglos anteriores, además de otras estructuras relacionadas con el culto.

No obstante, no queda claro cuál es el mecanismo por el que los indígenas cederían la parte más estratégica del cerro (la más alta y dominando al río) a los colonos fenicios. Por ello, no habría que descartar que se tratara de un santuario tartésico ubicado en la acrópolis o centro político y sacro del asentamiento. Esta objeción también se le puede hacer a algunos de los santuarios considerados por M. Belén en el trabajo que abre este volumen, como es el caso de los santuarios de Montemolín y la casa palacio del Marqués de Saltillo. Es este un debate que esperamos que produzca resultados enriquecedores en los próximos años.

Por su parte, Fernández Jurado efectúa un estudio del urbanismo tartésico en la provincia de Huelva durante el Bronce Final y el Período Orientalizante, analizando el fenómeno recurrente en todo el Suroeste peninsular de la sustitución de los fondos de cabaña de planta oval por casas de planta rectangular, tratando para ello en los yacimientos del Cabezo de San Pedro, Peñalosa, San Bartolomé de Almonte y Tejada la Vieja.

Igualmente estudia el posible significado del muro de pilares del Cabezo de San Pedro y de la muralla de Tejada la Vieja. Considera el primero como un presente diplomático fenicio, mientras la segunda indicaría una delimitación del espacio urbano similar al fenicio. En definitiva, considera que sólo existe un urbanismo reflejo de una sociedad más compleja con excedente económico a partir del siglo VII a.C.

Por otro lado, la contribución de González Prats se centra en el estudio del urbanismo indígena y fenicio en el Sudeste peninsular. En el mismo, destaca inicialmente el análisis de la transición de las cabañas a las casas de muro recto, que en este ámbito puede obedecer a un factor diferente a la presencia colonial fenicia: la influencia del mundo de Campos de Urnas. Para el análisis utiliza diferentes yacimientos, entre los que destacan Peña Negra, L'Alt de Benimaquía, el Cabezo Pequeño del Estany y la Fonteta. Es precisamente éste último donde este investigador ha realizado sus últimas

investigaciones, documentando una interesante trama urbana de los siglos VII-VI a.C.

J. Jiménez Ávila se ocupa de los complejos monumentales postorientalizantes del Guadiana, un tema, que como se visto anteriormente, también tiene sus ramificaciones en el centro y sur de Portugal. Cree que se trata de un fenómeno propio de esta zona ya que, por el momento, no se han hallado indicios de los mismos ni en el bajo Guadalquivir ni en la Oretania. Es también muy interesante el análisis de este investigador de las relaciones entre los *oppida* y estas estructuras monumentales, que cree serían las que articularían el territorio a diferencia de otros autores como Almagro-Gorbea, que otorga dicho control a los *oppida*.

Igualmente se ocupa del impacto orientalizante al norte del Tajo, mucho más importante de lo que se había sospechado, con núcleos como El Risco, el Torrejón de Abajo o Pajarés, y de las relaciones con Portugal, especialmente en el caso de Cancho Roano y otras estructuras portuguesas que interpreta como santuarios.

También Jiménez Ávila, en colaboración con J. Ortega, presentan por primera vez los resultados de las excavaciones efectuadas en el poblado de la Oliva de Mérida, donde se han excavado más de 2500 metros cuadrados que han dejado al descubierto buena parte de la trama urbana del poblado. Su mayor interés reside en la existencia de áreas funcionalmente especializadas dentro del mismo, con estructuras de hábitat, de almacenamiento, industriales y, quizá, sacras. Su cronología se centra entre fines del siglo VII y fines del VI a.C., siendo de desear que se realicen nuevas intervenciones en área en la baja Andalucía para obtener nuevos datos sobre la organización urbana, materiales, etc., y compararlos con los obtenidos en esta zona “periférica” de Tartessos.

Por su parte, Mayet y Tavares da Silva realizan un breve resumen de su excavación en Abul, cuya memoria definitiva acaba de ser publicada recientemente por ambos investigadores. En este volumen tratan principalmente sobre los aspectos constructivos del santuario denominado Abul I (de fines del siglo VII a inicios del VI a.C.), enfatizando igualmente su carácter fenicio.

Para terminar, la última contribución es la de Ruiz Mata sobre el urbanismo de época fenicia y púnica del Castillo de Doña Blanca, describiendo brevemente la disposición del barrio fenicio, la estructura de las sucesivas murallas y el ordenamiento del espacio urbano del siglo III a.C. Igualmente, menciona brevemente un tema que considero de la máxima importancia como es la metrología, ya que parece demostrado en este yacimiento el uso del codo real egipcio de 52 cm. Es este un dato que hay que contrastar con el posible uso de un codo de 55 cm en otros yacimientos de la zona como señalan en este mismo volumen Escacena e Izquierdo.

En resumen, se trata de un importante compendio sobre la arquitectura oriental y orientalizante de la Península Ibérica de uso obligado por parte de todos los investigadores dedicados al mundo fenicio y orientalizante, ya que proporciona una actualizada puesta al día de todos los datos disponibles. Por poner algún pero, quizá la necesidad de un capítulo introductorio que sirviera para enmarcar en el ámbito de los estudios de la Arqueología fenicia y orientalizante peninsular los distintos trabajos compilados en este libro.

Mariano Torres Ortiz

Departamento de Prehistoria. UCM. torres@idecnet.com

Los manuales de excavación arqueológica: ¿recetarios y memorias personales?

John Collis (2001): *Digging up the Past. An Introduction to Archaeological Excavation*. Sutton Publishing. ISBN: 0-7509-2737-2. 183 págs. (17,5 x 25 cm.).

Steve Roskams (2001): *Excavation*. Cambridge, C.U.P. (Cambridge Manuals in Archaeology). ISBN: 0-521-79801-9. 311 págs. + 36 láms. + 31 figs. (17,5 x 24,5).

Por extraño que parezca la excavación arqueológica, cuyas primeras experiencias modernas pueden rastrearse en las obras de los pioneros escandinavos y británicos del último tercio del s. XIX, tardo mucho tiempo en ser codificada en la forma de manuales. Y ello a pesar de constituir el método fundamental de la disciplina para la obtención de los datos materiales del pasado y ser, por tanto, de alguna forma el corazón de la disciplina. De hecho, salvo algún librito con escasa relevancia y apenas impacto (Droop 1915) y algunos textos británicos valiosos sobre el tema (Atkinson 1946; Kenyon 1952; Crawford 1953), el primer manual de excavación arqueológica que se publicó con tal vocación, fue el de M. Wheeler, *Archaeology from the Earth* en 1954. Aunque el autor declaraba en el prefacio que llevaba un cuarto de siglo desde que empezó a escribirlo. Cabe incluso sospechar si la famosa y repetida primera línea del libro “No hay una forma correcta de excavar, pero sí muchas erróneas” reflejaba, de

alguna manera, la carencia de un cuerpo teórico y metodológico en la actividad aparentemente más importante de la arqueología. El libro de Wheeler tuvo un rápido éxito en el mundo anglosajón y poco a poco fue traducido a muchos idiomas, en español la primera edición fue de 1961. Durante muchos años ha permanecido como el manual básico sobre excavación y trabajo de campo y con él se han formado generaciones de arqueólogos en todo el mundo. En los primeros setenta durante mis años de estudiante, junto al librito “negro” de Almagro (1967), era la referencia obligada y después como docente siempre me llamó la atención la falta de textos, de hecho para el primer año de universidad no ha habido otros libros hasta hace muy poco tiempo. En los años ochenta aparecieron los excelentes manuales de Barker (1982, 1986), para mí los mejores y a los que remitía si se quería ampliar el tema, el de Joukowski (1980) y el de Harris (1979) sobre la estratigrafía. Ya más tarde el valioso de Ca-

randini (1991), las traducciones de los dos últimos al castellano todavía se demoraron unos años.

Este panorama de escasez de manuales sobre la excavación arqueológica parece que empieza a cambiar (Anónimo 2002). En estos últimos años hay que saludar la aparición de los libros de Drewett (1999) y los dos que aquí comentamos: el de Collis *Digging up the Past* y el de Roskams *Excavation*. Para empezar hay que decir que los dos libros tienen un enfoque bastante diferente. La obra del Prof. Collis, de la universidad de Sheffield, tiene un doble destinatario. Por un lado, va dirigida a los estudiantes de todos los niveles y a quienes desean tener un conocimiento básico de cómo funciona una excavación arqueológica y por otro, a los arqueólogos para recordar la necesidad de mejorar sus prácticas, cuidar la formación de su equipo y abrir los ojos a la amplia gama de diferentes tradiciones europeas de excavación. A pesar de ello su libro discurre por prácticas y ejemplos predominantemente británicos. El libro de Collis es eminentemente un texto práctico, algo así como una reflexión en voz alta tras 40 años de experiencia en arqueología de campo. El autor vuelca su experiencia al contar los distintos pasos de una excavación arqueológica. El libro de Roskams se dirige a los excavadores, a los técnicos que maneja datos de excavaciones y al público general interesado, aunque resulta más que dudoso que estos últimos lleguen a finalizar su lectura. La razón es que el objetivo de la obra es proporcionar una argumentación coherente para entender los planteamientos generales y la práctica del proceso de excavación junto a algunos de los principios del análisis estratigráfico que sostienen los datos creados. Es un texto más teórico, más extenso -que declara haber estudiado lo que han escrito otros y no reposar sólo en su experiencia personal (Roskams 2001: 6)- y de alguna forma de lectura más dura.

La estructura de las dos obras es relativamente similar: 1) análisis de la evolución de las técnicas de excavación desde finales del s. XIX, 2) trabajos previos al inicio de la excavación en el sitio, 3) equipos humanos e instrumental, 4) los métodos y procesos de excavación en sí mismos, que son el centro del estudio de Collis, 5) consideraciones sobre la estratigrafía, 6) las formas de documentación del registro, con el mayor peso en el libro de Roskams y 7) unas reflexiones finales sobre teoría e interpretación. Falta significativamente, en los dos, un último apartado sobre la publicación de los resultados, algo que sí estaba en el modelo wheeleriano y que debería haberse incluido, aunque fuera de forma muy breve, si queremos seguir defendiendo el principio indiscutible de que *excavar es publicar* (véase Fig. 1).

También los dos libros comparten en grado parecido una dependencia muy fuerte de la tradición británica y al menos Collis tiene una buena experiencia europea de trabajos de campo que podía haber reflejado mejor. Algo especialmente exigible si -como es usual entre los anglosajones- luego pretenden que sus libros sean los únicos generales y válidos para arqueólogos de todo el mundo. Seguro que en pocos años se difundirán en otras tradiciones arqueológicas y no faltarán las traducciones en otras lenguas, pero me temo que al final no se puede evitar la sensación de que están escritos en y para la "casa británica". Ciertamente, lamentablemente, en otras tradiciones no los escribimos. Y si se hace, como sucede en la tradición italiana con los excelentes libros de Carandini (1991) y Francovich y Manacorda (1990), se ignoran olímpicamente tal y como hacen Roskams y Collis sin ninguna justificación. Existen otras arqueologías más

allá de la anglosajona, aunque muchos de sus practicantes no lo crean, o peor todavía: lo desconozcan.

Un hecho que me parece extraño y digno de reflexión es que se destaque el valor de la experiencia personal en excavaciones, como hace el propio Collis y se enfatiza desde fuera (Wilkinson 2002) como mejor garantía de la calidad de una obra. Mi pregunta es ¿No se puede estudiar la teoría y la práctica de la excavación arqueológica a partir de las publicaciones, informes y memorias de excavación? Si la respuesta es no, entonces habrá que concluir que excavamos pero no explicitamos por escrito los planteamientos, estrategias y desarrollo del trabajo de campo. Algo sobre lo que llamo acertadamente la atención Hodder (1989) al referirse a la escritura de los informes de excavación. Lo cierto es que la línea marcada en su día por Wheeler, exposición de los principios que deben guiar teórica y prácticamente la excavación, sigue sin modificarse. Al margen de la utilidad de los libros que estamos comentando es evidente que faltan estudios del tipo que he señalado. No conozco trabajo alguno que presente la metodología arqueológica tal y como se puede deducir de los informes y monografías de excavación (sólo Hammer 1992 y además inédito) y si queremos de verdad conocer los métodos de excavación deberíamos estudiar inevitablemente las publicaciones. Otra cosa será comprobar que poco de lo que hablamos se puede encontrar en muchas ocasiones. En todo caso, como bien señala Roskams (2001: 7-29) en un interesantísimo capítulo sobre la evolución de las técnicas de excavación, esa es una tarea compleja pero muy importante que deberá realizarse en el seno de cada tradición arqueológica. El estudio de la evolución de la arqueología de campo en España es un trabajo por hacer -como en todos los países- y que ayudaría a entender muchas otras cuestiones de la disciplina. Podría ser una ambiciosa tesis doctoral. Por cierto ¿Por qué ningún manual recoge la técnica de excavación de poblados siguiendo la parte superior de los muros? En muchos sitios, incluyendo desde luego España, tuvo una larga tradición y se pueden poner abundantes ejemplos de plantas de yacimiento obtenidas por este procedimiento, obviamente nada recomendable.

Por otro lado si muchas de las cuestiones que los arqueólogos manejan en el campo no pasan a las publicaciones ¿Sería necesario realizar historia oral con los especialistas más experimentados y entrevistas sobre la práctica actual? Sea como fuere parece cierto que toda la metodología de las excavaciones arqueológicas no está encerrada en las memorias e informes. Y como vengo argumentando de su estudio habría muchas cosas que aprender sin duda alguna. Lo que aquí sostengo no debe ser muy descabellado ya que algunas experiencias apuntan en esta dirección. Ese sería el caso del estudio de Conkey y Gero (1997) analizando, desde una posición feminista, mediante grabación en video el desarrollo del trabajo y los comportamientos de los participantes en un proceso de excavación. También el de Bender, Hamilton y Tilley (1997) sobre prospección en el que se recogen extractos de diarios personales (reflexiones del momento de trabajo de campo) de los participantes, tratando de alguna manera de presentar la complejidad del trabajo de campo y de la recogida de datos que siempre se sustraen en las publicaciones convencionales. Rompiendo así la impresión de que los datos pasan directamente del campo a la publicación. En fin, la reflexión crítica sobre el propio proceso de excavación ha sido realizada desde una perspectiva caleidoscópica por el equipo de Çatal Hüyük (Hodder 1999), en lo que probable-

	Formación yacimientos	Historia técnicas	Trabajo previo	Equipo e instrumental	Métodos excavación	Estratigrafía	Formas de Registro	Reflexión e interpretación	Publicación
Wheeler 1954 a		8		12,5	33	18,5	12	8	8
Almagro 1967 b				14	51,5		19		15,5
Alexander 1970			10	3,5				4,5	6
Barker 1986	20,5	5	9,5		19		20,5	15	10,5
Carandini 1991	7,5			10	15,5	19	20	19	9,5
Collis 2001		13	14,5	6,5	36,5	8	14,5	8	
Roskams 2001		9	9		28,5	10,5	36,5	7,5	

Fig. 1.- Distribución porcentual de las páginas dedicadas a cada uno de los nueve bloques temáticos en los manuales de excavación arqueológica. a = medición en la edición española de FCE de 1978, b = cálculo exclusivamente sobre la quinta parte: "Arqueología de campo".

mente sea la experiencia más interesante.

Volviendo a los manuales que nos ocupan, el de Collis como ya he indicado es muy práctico, escrito de forma desenfadada y con abundantes detalles de humor británico. Es también muy personal -la voz de su experiencia es la que continuamente aflora en el texto- a la vez que claro. Aunque en algunos casos las anécdotas pueden adquirir cierta tremebundez, casi hispana, por ejemplo cuando se alude al conocimiento de casos de muerte al caer en trincheras (p. 25), o al menos de roturas de tobillo por apoyarse en testigos (p. 48), de protestas por malos medios ¡quemar una caseta por ser la única que no disponía de calefacción! (p. 43). En otros casos encontramos ironías como la medición de la eficacia de una excavación según estén de bien hinchadas las ruedas de las carretillas y ya para nota, que encima no chirrien (p. 52), o consejos prácticos: uno no debe sentarse sobre los cubos de plástico volteados, ¡se rompen!. Las figuras, como cabe suponer en una obra de este tipo, son numerosas y buenas. Dominan las fotografías sobre las figuras a línea (59 > 42); en fotos se documentan diversos aspectos del trabajo de excavación y en las ilustraciones a línea se ofrecen plantas (13), secciones (12), diagramas (14) y modelos de ficha de registro (2) y un grabado de excavación antigua. Un indicador de la importancia concedida por el propio autor a las figuras son los extensos pies que comentan buena parte de las mismas. Así nos podemos enterar de que la abuela de Collis fue invitada en su juventud a una de las tardes de domingo para visitar las colecciones del museo local de Wor Barrow y renunció a ello porque Pitt Rivers, para favorecer las visitas, organizaba bailes lo que no parecía muy respetable (p. 8). Por eso no comprendo porque al lector no avisado se le priva de saber que quien aparece junto al ordenador en la fig. 7.2 es el propio autor. La bibliografía es corta pero bien seleccionada y tiene para mí una objeción central: todas las referencias son británicas, no hay una sola concesión.

El libro de Roskams es más teórico y exhaustivo y aunque algunos capítulos tienen demasiado texto para lo que dicen otros resultan interesantes. Ya he comentado el valor del capítulo 1 sobre la historia de los métodos de excavación y muy bueno resulta también el capítulo 13 sobre la estratigrafía arqueológica y las matrices de Harris. El modelo ilustrativo de este libro es muy similar al anterior la fotografía se impone sobre el dibujo a línea, como opción para ganar en realismo gráfico, con 34 documentos, mientras los dibujos, con un total de 26, se reparten en plantas (5), secciones (1), diagramas (14) y fichas (6). La bibliografía es muy amplia, con 432 referencias, pero igualmente "excluyente"; de todos los títulos sólo hay 3 en francés, el resto en inglés. Cierro que se identifican 3 referencias de autores españoles publicando en ese idioma y 1 en la que se colabora con otros anglosajones. La exclusión llega a límites difícilmente justificables, por ejemplo no se cita el libro de Francovich y Manacorda (1991) pero sí se cita un trabajo del británico Carver en ese libro (¡increíble!). Los autores más citados son M. Carver, un acreditado buen excavador con quien se han formado muchos arqueólogos británicos y I. Hodder. La presencia de apenas 9 referencias electrónicas (6 de Internet Archaeology) deja muy en la sombra la publicación en soporte electrónico. Esto no ayuda precisamente a su crecimiento.

Los cierres de ambos libros son interesantes. Collis opta por una reflexión sobre las tendencias recientes en el ámbito de la arqueología británica pero con algunos guiños a la del continente y plantea algunas necesidades de futuro dentro de dos líneas: la de las instituciones que articulan la arqueología en su país y la de las acciones para mejorar la educación y formación práctica de los futuros arqueólogos dentro y fuera de la universidad. Como final, dentro de una arqueología *políticamente correcta*, se incluye un apéndice con el borrador de un código ético. Código presentado a la Asociación de Arqueólogos Europeos y pensado para la formación de estudiantes en trabajos de campo; algunos deta-

lles resultan exagerados o al menos así lo pueden parecer desde países no tan desarrollados arqueológicamente como el Reino Unido. El manual de Roskams hace un extenso recorrido por las perspectivas de futuro de la excavación arqueológica, analizando tres campos: primero, el de la teoría y la profundización en ámbitos nuevos como los paisajes, el género y los procesos de formación del registro arqueológico; segundo, el técnico: la “revolución de la comunicación electrónica”, la fotografía aérea y los SIG y los sistemas de almacenamiento de datos; y tercero, el organizativo, con dos debates centrales: el de la conservación *versus* la investigación y el de los empleadores *versus* los empleados.

Volvamos otra vez la vista atrás e intentemos brevemente aproximarnos a la historia de los manuales sobre la excavación arqueológica para entender mejor lo que representan los libros comentados. ¿Cuáles han sido las tendencias que ha seguido los manuales? Para ello he seleccionado siete textos desde el de Wheeler (1954) a los de Collis y Roskams y he identificado nueve ámbitos temáticos; después he analizado el porcentaje de las páginas dedicadas a cada uno como medida del interés concedido a cada tema. Las conclusiones sobre el cuadro (Fig. 1) son interesantes:

a) el modelo de manual es Wheeler (1954), que establece algo así como el canon de lo que un manual de excavación debe recoger: algo de historia de las técnicas de excavación, el equipo humano y el instrumental, los métodos de excavación -el núcleo central con un 33%- , la estratigrafía -muy importante (18,5%)- las formas de registro, unas consideraciones sobre la problemática de la interpretación y la publicación, culminación real de la excavación, algo también importante (8%). Ese modelo en una versión simplificada, ya que sólo es una parte del libro, lo encontramos en Almagro (1967), muy centrado en tres cuestiones clave: técnicas de excavación (algo más del 50%), documentación (19%) y publicación (15,5%);

b) la obsesión por centrarse en las técnicas y estrategias de excavación llega a su máxima expresión en el texto de Alexander (1970), un libro poco citado y para mí de un gran interés, como muchas de las cosas que escribió este arqueólogo británico; algo más del 75% del contenido se refiere a este tema. Por otro lado introduce un campo que a partir de entonces va a resultar ya obligado: la investigación previa a la excavación (10%);

c) el nuevo canon se advierte en los manuales de Barker (1986, 1993) y el de Carandini (1991). El texto analizado (Barker 1986) ofrece la introducción de un tema nuevo: la formación de los yacimientos arqueológicos, como base necesaria para plantear y desarrollar correctamente una excavación. Es junto, al tema de la documentación del registro, el tratado más ampliamente (20,5%). Su manual presenta un nuevo equilibrio, a mi juicio quizás el mejor, en los temas tratados. La versión latina o mediterránea es Carandini (1991), que mantiene una estructura parecida pero atendiendo de forma preferente a la estratigrafía (19%) y pasando más por alto la evolución de las técnicas y los trabajos previos a la excavación;

d) la última generación de manuales sigue el modelo Barker-Carandini, sin perder del todo de vista el wheeleriano. Collis pone más énfasis en la excavación propiamente dicha (36,5%) mientras que Roskams lo hace en las formas de registro (36,5%). Pero ambos, y pienso que la razón probable sea el espacio disponible, sacrifican dos temas centrales en la excavación: la publicación, que se había mantenido desde la época de Wheeler y la formación del registro arqueológico, como hemos visto introducida a principios de los ochenta por Barker. Es una pena porque ambos temas son de crucial importancia: no se puede excavar bien sin comprender la dinámica de formación del depósito arqueológico y no se excava bien sino se publican bien los resultados.

En resumen, los manuales de excavación resultan interesantes porque son hijos de su época y, por tanto, un reflejo bastante fidedigno de las ideas y los principios que compartían los arqueólogos en cada momento. Aunque quiero insistir en la necesidad de estudiar, en cada país, el desarrollo de la metodología de campo a través de las memorias de excavación y las publicaciones. Si bien parece que están muy lejanas las palabras de Crawford (1953: 208) cuando afirmaba que “la arqueología de campo era una forma de deporte esencialmente inglés”, no resulta tan alejado que -sin ser una forma de deporte- su metodología sigue siendo esencialmente anglosajona. Es cierto que las contribuciones británicas han sido muy notables en los dos campos que probablemente más han revolucionado la excavación arqueológica: el registro estratigráfico y las fichas estandarizadas (Chadwick 1997; Molas 1994), sin olvidar la declaración de estándares profesionales como el del *Institute of Field Archaeology* (IFA 1994). Pero aceptando eso es conveniente destacar que existen manuales en otras tradiciones como el de Gersbach (1998), que ofrece una buena imagen de la arqueología de campo alemana, sin duda una de las mejores del mundo y modelos extraordinarios de excavación y gestión de datos como el francés de Lattes (Py 1991) de los que se puede aprender mucho.

Para finalizar sólo un deseo: espero que en pocos años la gran aventura de cómo generaciones de arqueólogos en diversos países arrancaron a la tierra trozos de historia del pasado y construyeron la moderna metodología de excavación la podamos seguir en una enciclopedia que recoja todos los aportes de todas las tradiciones. Conoceremos mejor nuestra disciplina y seremos, sin duda, más respetuosos con la rica diversidad de métodos para escribir la historia de la Humanidad con los restos de la cultura material.

Gonzalo Ruiz Zapatero

Departamento de Prehistoria. UCM. gonzalor@ghis.ucm.es

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO, M. (1967): *Introducción al estudio de la Prehistoria y de la Arqueología de Campo*. Ediciones Guadarrama (3ª ed.), Madrid.
- ALEXANDER, J. (1970): *The Directing of Archaeological Excavations*. John Baker, Londres.
- ATKINSON, R.J.C. (1946): *Field Archaeology*. Methuen, Londres.
- ANÓNIMO (2002): Digging manuals. *Current Archaeology*, 180: 518-519.
- BARKER, P. (1986): *Understanding Archaeological Excavation*. Batsford, Londres.
- BARKER, P. (1993): *Techniques of Archaeological Excavation*. Batsford (3ª ed.), Londres.
- BENDER, B.; HAMILTON, S.; TILLEY, CH. (1997): Leskernick: Stone Worlds, Alternative Narratives, Nested Landscapes. *Proceedings of Prehistoric Society*, 63: 147-178.
- CARANDINI, A. (1991): *Storie dalla Terra. Manuale di Scavo Archeologico*. Giulio Einaudi Editore, Turín. [edición en castellano: *Historias en la Tierra. Manual de excavación arqueológica*. Crítica, Barcelona, 1997].
- CHADWICK, A. (1997): Archaeology at the edge of chaos: further towards reflexive excavation methodologies. *Assemblage*, 3 [http://www.shef.ac.uk/assem/3/3chad.htm] Acceso el 9/12/02.
- CONKEY, M.; GERO, J. (1997): Programme to practice: gender and feminism in archaeology. *Annual Review of Anthropology*, 26: 411-437.
- CRAWFORD, O.G. S. (1953): *Archaeology in the Field*. Dent, Londres.
- DREWETT, P.L. (1999): *Field Archaeology: an introduction*. UCL Press, Londres.
- DROOP, J. (1915): *Archaeological Excavation*. C.U.P., Cambridge.
- FRANCOVICH, R.; MANACORDA, D. (eds.) (1990): *Lo Scavo Archeologico: dalla Diagnosi all'Edizione*. Edizioni all'Insegna del Giglio, Florencia.
- GERSBACH, E. (1998): *Ausgrabunde Heute. Methoden und Techniken der Feldgrabung*. Theiss, Stuttgart.
- HAMMER, F. (1992): *Excavation and post-excavation recording methods in British archaeology today: an investigation of strategies pursued by 70 archaeological units and projects during the 1980's*. (Tesis de Master inédita, Universidad de York).
- HARRIS, E.C. (1979): *Principles of Archaeological Stratigraphy*. Academic Press, Londres. [edición en castellano: *Principios de estratigrafía arqueológica*. Crítica, Barcelona, 1991].
- HODDER, I. (1989): Writing archaeology: site reports in context. *Antiquity*, 63: 268-273.
- HODDER, I. (1999): *The Archaeological Process: an Introduction*. Blackwell, Oxford.
- IFA (1994): *Standars and Guidance for Archaeological Excavations*. Institute of Field Archaeology, Birmingham.
- JOUKOWSKI, M. (1980): *A Complete Manual of Field Archaeology*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, NJ.
- KENYON, K.M. (1952): *Beginning in Archaeology*. Phoenix House, Londres.
- MOLAS, *. (1994): *Archaeological Site Manual*. Museum of London Archaeology Service (3ª ed.), Londres.
- PY, M. ET AL. (1991): *Système d'enregistrement, de gestion et d'exploitation de la documentation issue des fouilles de Lattes*. Lattes, Lattara, 4.
- WHEELER, R.E.M. (1954): *Archaeology from the Earth*. Penguin Books, Harmondsworth. [edición en castellano: *Arqueología de Campo*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1978, 1ª edición 1961 y 1ª reimpresión 1978].
- WILKINSON, P. (2002): Better Digging, review of J. Collis. Digging up the Past, Sutton, *British Archaeology Magazine*, 66, Agosto 2002 [http://www.britarch.ac.uk/ba/ba66/book.shtml]. Acceso el 18/09/02.

